



Estanislao de Cosca Vayo

Ensayos poéticos

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Estanislao de Cosca Vayo

Ensayos poéticos

Advertencia

Sin cesar vemos presentarse en público hombres vestidos con el ropaje de sacerdotes de las musas y abrogarse el título de Poetas. Así, envilecido en manos de ignorantes el pincel de Apolo, y mirado con menosprecio tan sagrado y honroso ministerio, se mira como muy fácil la Poesía; y de tanto enjambre de autores que cuenta la España, apenas hay cuatro ingenios superiores, como juiciosamente dice un moderno.

Esto demuestra hasta la evidencia que es muy fácil el escribir malas poesías, y muy difícil el ser Poetas. En nada debe haber medianía: a un vasto y grande talento debe añadirse un cultivo de él muy continuado y trabajoso. Un gusto delicado, una instrucción sólida, el conocimiento de la naturaleza en todas y cada una de sus ramas, la lectura de los autores antiguos y modernos, ya nacionales como extranjero, el estudio del corazón humano, y, sobre todo, el de sí mismo, son los escalones por donde siempre se ha subido y sube al Parnaso. Cualquiera circunstancia de éstas que falte se queda el hombre en el camino sin poder llegar al templo de la inmortalidad, blanco de sus ansias. Tan grandes dificultades, capaces de arredrar al más osado, parecen aumentadas en el día por el rápido y elevado vuelo que ha tomado este arte. Las plumas de Meléndez y Quintana la han dado una nueva perfección (séame permitido el decirlo) desconocida hasta ahora y que deja poco que desear. De suerte que el que se dedica a escribir tiene que vencer a dos poetas que han vencido a miles de ellos, pues, de lo contrario, o hará retroceder la Poesía y entonces será despreciado, o, igualándolos, parecerá que los copia y su gloria será efímera.

Lugar es ya de que se me objete que cómo conociendo estos inconvenientes me atrevo a dar a luz mis producciones. Yo no me presento en público sino como un aficionado que le dedica sus ensayos para cobrar ánimo, y atreverse por el tiempo a empresas que sean más útiles. Soy como un alumno de una academia que trabaja algunas obras, con el fin de preguntar, enseñándolas a sus condiscípulos: «¿Podré pretender que se me admita por miembro?»

Nadie alegará más motivos que yo para que se use de indulgencia. Veinte y un años es una edad muy corta, y es imposible escribir bien en ella por falta de algunas de las circunstancias que llevo referidas deben asistir a un escritor. Esto no obstante, el tesón con que me he dedicado a la literatura desde niño, me hace esperar que no serán tan indignos

del público estos ensayos que merezcan su desprecio, y que se tendrá alguna consideración a mi poca edad, pues los hombres se forman a fuerza de estudio y de años.

He procurado escoger, de las muchas poesías que tengo escritas, las que me han parecido menos defectuosas, prefiriendo ofrecer a mis compatriotas una pequeña colección a un grande volumen. En ellas se lee con facilidad mi corazón, puesto que no he hecho otra cosa que copiar mis sentimientos. Quisiera poder enumerar los muchos trabajos que me han costado para que saliesen de mis manos algo correctas, y para no engañarme en la elección de las que debía publicar, pero sería traspasar los cortos límites que me he trazado en esta advertencia: me contento con dejarlo a la penetración de los literatos.

Anacreónticas

A mis lectores

No con voces sublimes

en cítara de plata,
cual ministro de Jove,
diré sus alabanzas.

No al cielo remontado 5
contaré las escuadras
de los bellos luceros
que preceden al alba.

No tañeré mi lira
con mano ensangrentada, 10
cantando del sañudo
Mavorte las batallas.

En versos muy sencillos
y sensibles cantatas,
retrataré mi pecho 15
y el de mi fiel amada.

Entrambos somos uno,
tenemos sola una alma,
y pintando la mía
la suya está copiada. 20

Oda 1ª

La Vida

Los días y los meses

cual humo se disipan,

y vuelan y no vuelven,
y mueren y se eclipsan.
Ya raya por el cielo 5
la aurora de este día,
y corre sin que basten
mis ojos a seguirla.
Tras ella se presenta,
con majestad distinta, 10
el sol en carro de oro,
y al cenit se encamina.
Salud, salud que viene
y rayos mil envía,
con que la tierra toda 15
se dora y se ilumina.
¡Qué fuego, qué hermosura
en el espacio brilla!
Mil ráfagas coloran
las nubes encendidas. 20
Pero, ¡ay!, que ya la tarde
sus sombras avecina,
y el globo desaparece,
y al mar se precipitan.
Adiós, adiós por siempre, 25
que ya voló este día,
por más que lo lloremos
no volverá en la vida.
Contemos uno menos.
¡Qué breves se deslizan 30
y paso a paso vamos
hacia la tumba fría!
Y entonces, ¿qué las ciencias,
que ahora nos fatigan,
podrán proporcionarnos, 35
ni la riqueza impía?
Lo mismo que a los ricos,
al pobre le destinan
un pedazo de tierra
do encubierto se olvida; 40
lo mismo que los sabios,
el ignorante espira:
todos de ser acaban,
y al no existir caminan.
Corramos, pues, veloces, 45
corramos, mi Celina,
a no perder los años
que fáciles nos rían.
Gocemos en un punto

siglos sin fin de vida, 50
no cuento yo mis años
sino por mis delicias.
Si gozo en un instante
más que otro en largos días,
¿qué importa que yo muera 55
y aquél mil años viva?

Oda 2ª
La belleza de Silvia

Dio natura a Celina

por ojos unos soles,
que abrasan con sus rayos
las piedras y los hombres.
Dio a Filis para el canto 5
las más preciadas voces,
que en blanda cera tornan
al pecho más de bronce.
En el hablar mil sales
a Fany concediole, 10
y la elocuencia dulce
que el trato da y la corte.
De timidez y gracia
las mejillas pintole
a la niña Dorila, 15
imán de los pastores.
Mas si queréis, amigos,
aquestas perfecciones
en una sola unidas
cual obra de los dioses, 20
venid, veréis a Silvia,
de quien admira el orbe
los ojos, la elocuencia,
la voz, el rostro y acciones.

Oda 3ª
La Mañana

Alzad, oh flores bellas,
vestid las nuevas galas,
que el crepúsculo ríe
y va a venir el alba.
Ya su capuz la noche 5
ligera se levanta,
y su cendal los cielos
de desnudarse acaban.
Por medio de él asoma
un rayo de alba plata 10
que las sombras disipa
y el prado todo aclara.
Lo miran los jilgueros,
y mil himnos le cantan
con motetes y trinos 15
saludando sus gracias.
Los cefirillos brincan,
y bulliciosos saltan
de fresco salpicando
las hojas con sus alas. 20
Se desatan las fuentes,
y a murmurar se bajan
que el céfiro tan pronto
a despertarlas salga.
Los árboles se mecen 25
y juegan con sus ramas,
contentos con los besos
que el viento les estampa.
Mas nada de esto vale
si un punto se compara 30
con la gentil belleza
con que sale mi amada.
Tendidos sus cabellos
en hebras de oro vagan,
do se enredan cual yedra 35
cupidos que los guardan.
Sus ojos soñolientos,
cual de Febe la cara
si nubes transparentes
la velan apiñadas. 40
Sus elásticos pechos
a su placer descansan,
que libres de su cárcel
al respirar se escapan.
Su risa... ¡pero necio! 45
¿Pretendo yo pintarla?
Ni aunque un pincel divino

me diese la mañana.

Oda 4ª

El Bosque en el estío

Al campo, bella Anarda,
que luce el medio día,
corramos a la sombra,
que el bosque nos convida.
Bajo el ramaje denso 5
que los árboles crían
tendidos dormiremos
al son de claras linfas.
Allí las fuentes brotan
sus aguas cristalinas 10
y en hilos de alba plata
se tienden divididas.
Mil céfiros ligeros
salpican sus alitas
y, soplando atrevidos, 15
orean y rocían.
Los rayos calurosos,
que el alto sol envía,
el bosque no penetran
y en su espesura espiran. 20
Entre sus verdes hojas
ya cuelgan suspendidas
la purpúrea manzana
y la pera pajiza.
A cuadros por el suelo 25
se ven las florecillas
embalsamando el aire
y encantando la vista.
Todo es frescura, todo
la estación solemniza, 30
y a disfrutar placeres,
acorde, nos incita.
Corramos a gozarlos,
corramos, oh mi amiga,
que si hoy gozar podemos, 35
mañana, ¿quién lo afirma?

Oda 5ª
A Celina

Amar es dulce y grato,
amar es gran deleite,
mas ser correspondido
es dicha que le excede.
¡Los dos tener una alma, 5
en fuego igual arderse,
pensar de un mismo modo,
partirse los placeres!
¡Del pecho la cubierta
levantar libremente, 10
y las secretas penas
y gozos de él leerse!
No, amiga, no pretendas
negarme que me quieres,
privarme de este gusto 15
más dulce que las mieles.
Los ojos, si se encuentran,
¿no miras cuál se entienden,
cómo de ardor se tiñen,
cómo en amor se embeben? 20
¿Y sólo nuestros labios
son falsos y crueles,
que mienten frialdades
cuando el pecho se enciende?
Celina, no sencilla 25
a disfrutar te niegues
en tus floridos años
los únicos placeres.
Benigno, el cielo dionos
un corazón que puede 30
gozar cuantas delicias
natura nos ofrece.
Soy sensible, tú tierna;
niños los dos y alegres:
¿qué ya, pues, esperamos?, 35
¡que la vejez nos hiele!

Oda 6ª
La Rosa

¿De dónde esa rosita,
graciosa Anarda, traes,
cuando apenas hay una
en todos los rosales?
No púrpura tan roja 5
he visto y tal realce
teñir las otras rosas
cuando el abril las abre.
¡Cuál su color matiza,
y en lánguido donaire 10
un iris de hermosura
de sus colores hace!
¡Cuál cuelgan de su centro
tres hojas celestiales,
do brilla entre desmayos 15
el verde más brillante!
El céfiro las besa
y en ellas se complace,
y más que nunca hermosas
se inclinan por pillarle; 20
mas él tan bullicioso
cuál presto se retrae,
y nuevas flores ansía,
y en busca de ellas parte.
¡Qué bello olor que exhala! 25
¡Qué puro y qué fragante!
Ya con él se enriquece,
y aromas vierte el aire.
¿Qué prado de tal rosa
será el dichoso padre, 30
o en qué rosal tan lindo
nacido habrá en el valle?
No producen los campos
capullos de esta clase,
ni tintas tan hermosas 35
unir la tierra sabe.
Cayole a primavera,
descuidada ayer tarde,
cuando su mano abría
las puertas orientales. 40

Que muerto ya el invierno,
su deidad triunfante
asoma dando vida
a plantas y rosales.

Oda 7ª
Los Destinos

Sentado el niño Alexis

al lado de Dorila,
con inocente labio
riendo la decía:
«A cuanto objeto miro 5
existir a mi vista
empleo le dio el cielo
para que de algo sirva.
Al sol dio que alumbrase
con sus rayos los días, 10
y de plantas y flores
fuese la acción y vida.
Al mar, que con sus aguas,
en ríos mil partidas,
regase de la tierra 15
los llanos y las cimas.
Al campo, que brotase
las doradas espigas,
alimento del hombre
que alegre lo cultiva. 20
Al manzano dio fruto,
al sauce sombra amiga,
a la fuente cristales,
al prado clavelinas.
¿Y a ti, bella pastora, 25
para qué, di, te haría
ese cielo que nada
sin un objeto anima?
¡Ah!, para amar tan sólo
a tu sexo destina, 30
para formar del mío
los gustos y delicias.
Y si todos los seres
llenar su empleo, niña,
¿querrás ser de natura 35

tú sola la enemiga?
¡Ay, no!, observa cual ellos
sus leyes, mi Dorila:
tú a mí me amarás siempre,
yo a ti mientras exista». 40

Oda 8ª
La Mudanza

Ayer estaba el prado
que el oro más pajizo,
dorado con los rayos
del sudoroso estío.
El éter azulado, 5
que un espejo más limpio,
radiante y luminoso
cegaba con su brillo.
Mas hoy el prado opaco
y los cielos sombríos, 10
encapotados yacen
y de luto vestidos.
Las rosas desmayadas,
tronchados los alisos,
las ramas por el suelo, 15
los frutos desprendidos.
También Fileno un día,
hermoso cual el lirio,
era del pueblo envidia
y de las bellas mimo. 20
Y ora amarillo y feo,
con el color marchito,
busca salud en vano
y a sus males alivio.
Húyenle las zagalas 25
y, con desdén maligno,
convierten en desprecios
el anterior cariño.
Fiad, mortales necios,
del mundanal destino, 30
que todo es inconstancia,
mudanzas y delirios.

Oda 9ª
Fileno

A coger bellas flores

fuese Fileno un día,
al prado más hermoso
que riegan estas linfas.
Tal afición tomolas, 5
tal amistad tan fina,
que sólo con las flores
gozaba de alegría.
No sé por fin qué chasco
le dieron ellas mismas, 10
que del color de grana
se hizo su tez pajiza.
Y es que, cogiendo flores
hermosas a la vista,
clavose de una rosa 15
alguna aleve espina.

Oda 10ª
La Timidez

Las puertas orientales

abiertas por el alba,
vi el suelto cefirillo
que el prado despertaba.
En busca de la esencia 5
que el rosicler exhala,
al campo dirigía
mi presurosa planta.
El ruiseñor alegre
los himnos entonaba, 10
con que saluda el mundo

la luz de la mañana.
Bajo un nogal frondoso,
Celina recostada,
la pude oír apenas 15
aquestas sus palabras.
«Batilo, mi Batilo,
¡cuán mal juzgas de mi alma!
Es tierna cual la cera,
y bronce tú la llamas. 20
¿Por qué? ¿Por qué en silencio
el dulce amor la abrasa,
y el labio no publica
por do quiera que te ama?
¿Mis ojos son de nieve? 25
¿No dicen, no retratan
mi pasión en sus niñas,
oh, bien claro no te hablan?
Si es tímida la lengua,
mi sexo la acobarda, 30
que mujer que lo dice
son falsas sus palabras.
Oculto está en mi pecho
el fuego que me inflama;
conoce, pues, Batilo, 35
a quien padece y calla.
No la fluidez te ciegue
de torpes cortesanas,
que toman tantas formas
cuantas Proteo caras. 40
Remedan en su rostro
pasiones que no alcanzan,
y cómicas por arte
son viles mercenarias.
Comercian con los ojos, 45
se enternecen, se exaltan,
se alegran y entristecen,
son unas y son varias.
Pero nosotras simples,
con sencillez criadas, 50
amamos de otro modo
que las señoras aman.
Y en muchas ocasiones,
cuando el sí no se arranca,
no esperes que a su grado 55
de nuestros labios caiga.»

Oda 11ª
Las Estaciones

A unos gusta, Celina,
la alegre primavera,
que el seco campo viste
de flor y galas nuevas.
Les gusta ver cuál brilla 5
más diáfana la esfera,
cuál reverdece el monte,
cuál las fuentes serpean.
A otros de estío placen
las tardes más serenas, 10
y en los limpios remansos
se bañan y refrescan.
A éste el otoño agrada,
y ciñe su cabeza
de racimos dorados 15
y de pajizas peras.
Y a aquel joven encantan
las veladas eternas
del aterido invierno,
porque las pasa en fiestas. 20
Mas yo prefiero siempre
a la estación más bella
la estación en que vivo
junto a Celina tierna.
¿Qué de abril me sirve 25
la alegría y belleza,
si estoy sin ti tan triste
que da el mirarme pena?
¿De qué las rubias uvas
de octubre y sus praderas, 30
si sumido en la choza
en nada me recrean?
¡Ay, Zagala! Tus ojos
más que el estío queman,
y, riendo, en tu risa 35
se ve la Primavera.
Teniéndote a mi vista
de golpe se presentan
las estaciones todas

nos romperán por siempre
los lazos de firmeza
que anudan nuestras almas,
y nuestro amor estrechan. 40

Mas si constantes somos,
¿podrá la tierra entera
romper tan fuertes nudos
de ardor y de terneza?

Oda 13^a

El Amor beodo

A la sombra del Sauce

más hermoso del año
gozaba en esta siesta
de los sueños más blandos.

A despertarme vino 5
un muy galán muchacho,
gota a gota su frente
con el calor sudando.

«Salud -me dijo-, vengo
a descansar un rato, 10
que incierto caminante
por estos bosques vago.»

Dolime de su cuita,
y con mis propias manos
limpié su sien hermosa 15
y le senté en mis brazos.

Después de clara fuente
le di en un limpio jarro
el agua cristalina
que destilan sus caños. 20

Bebió riendo, y dijo:
«Probemos si a mis labios
sabe mejor el vino
que el agua que me has dado».

Y me largó una copa 25
que sacó de su manto
en que alegres bebimos,
en que alegres brindamos.

¿Y quién, decid, sería

este rapaz muchacho? 30
Las señas atestiguan
que era el alegre Baco.
Pues, no, que amor beodo
era el niño de que hablo,
que a amor también le gustan 35
los brindis y saraos.

Oda 14^a
Celina

Mirad aquella joven
que el cierzo más ligera
triscar por la montaña,
correr por la floresta.
Mirad sus bellos ojos 5
cuán vivos centellean,
y al sol sus rayos roban,
su luz a las estrellas.
Pues esa tan hermosa
es la Celina aquélla 10
que tanto en mis cantares
osa nombrar la lengua.

Oda 15^a
El campo en otoño

Si el tedio y la tristeza,
amigo, te aniquilan,
al campo ven y goza
de octubre las delicias.
Al campo ven, que ríe 5
y, por doquier, lo animan
del placer las señales,
los gustos y la risa.

Verás cuán atrás queda
la grana más subida, 10
si a competir se atreve
con la manzana altiva.
Verás la pera de oro,
que hermosa nos convida
a cortarla del árbol 15
que sus ramas inclina.
Verás las ricas vides,
maduras ya y caídas,
mostrar las rojas uvas
de pámpanos vestidas. 20
El monte da su sombra,
las fuentes dan sus linfas,
los cierzos dan frescura
y el cielo da alegría.
De verdes galas cubre 25
el prado sus colinas,
que el sol con grande pompa
del cenit ilumina.
El desrollado espacio,
que tornasola el día 30
cual un cristal hermoso,
puro y tranquilo brilla.
O si la noche tiende
sus sombras de delicias,
la luna al punto sale 35
plateando las cimas.
Su silencio es agosto,
y a meditar incita
el ánimo apacible
que dulce paz respira. 40
¿Y tú encerrado vives
entre verjas indignas,
que de placeres tantos
con sus hierros te privan?
Más vale, más, ser pobre, 45
tener una chocilla
y disfrutar los bienes
que Natura prodiga.

El fuego tiene llamas
que incendian los palacios,
y con el polvo igualan
los techos elevados.
Monstruos tienen los mares 5
que tragan al osado
que en una débil tabla
sus aguas va surcando.
Tienen los montes lobos
hambrientos e inhumanos, 10
que devoran los hombres
y los corderos mansos.
Plantas los bosques tienen
cuyo veneno aciago
al necio que las come 15
consume de contado.
Y las ciudades tienen
hombres y amigos falsos
que abrasan, tragan, matan,
y venden con halagos. 20

Oda 17^a
Los Dichos

Que digan que soy loco
porque pulso mi lira
y a las grandes tertulias
prefiero mis odillas;
que digan que, escribiendo, 5
malgasto yo mis días
en versos y en cantares
que el niño amor me inspira;
que digan que es de necios
la dulce poesía, 10
y obscura y sin aprecio
me hagan pasar la vida;
que aquestos desaciertos,
y muchos más, me digan

los topos o los sabios 15
que las ciencias cultivan,
¿podrán quitarme nunca
la calma y alegría
en que feliz se duermen
mis años, bella amiga? 20
La cítara me trae,
y déjalos, querida,
que digan cuanto quieran
con tal que suene activa.
Entonaré los himnos 25
que al baile solemnizan,
y danzarás en tanto,
y brincarás festiva.
Y cuando tú te canses,
sentada en mis rodillas, 30
de Málaga bebamos
la botella más rica.
El hombre de negocios
y la señora altiva
estense bostezando, 35
o alcázares se finjan,
y presos en el coche
el viento no perciban,
que aleja humores malos,
y engendra la alegría. 40
Que quiero más ser loco
contento con mi dicha,
que cuerdo en las prisiones
del tedio que respiran.

Oda 18ª
De unos Labios

¡Qué bien que sabe el vino!
¿Celina, lo has probado?
Tomó sin duda alguna
el sabor de tus labios.
Segunda vez lo prueba: 5
verás, mi dueño amado,
qué dulce que se torna

y al paladar qué grato.
¿Qué tiene, di, tu boca,
que el vino ha variado, 10
y licor de los dioses
volviose entre tus labios?
Tiene un panal de mieles,
de ambrosía dos caños,
y está de almíbar hecha, 15
y es del gusto dechado.
Dame, mi hermosa, dame
un beso y un abrazo,
y verás cual con ellos
quedo yo demudado; 20
que tu boca de rosas
y tus nevados brazos
cuanto tocan, mejoran
y lo vuelven sagrado.

Oda 19ª
El Convite

Corre, muchacho, corre,
una botella trae,
que al son de la cascada
los brindis me complacen.
Dile a Celina, dile, 5
que venga a refrescarse,
que en esta replazuela
el viento sopla afable.
Dile que haré si viene,
de rosas y azahares, 10
una corona hermosa
que embalsame los aires.
Sobre la muelle grama,
que es trono de zagales,
coronaré sus sienes 15
y adoraré su imagen.
Y en vez de los inciensos
que ofrecen los mortales
para aplacar de Jove
la diestra fulminante, 20

la ofreceré con gusto
mi botella, que a nadie
sino a Celina bella
debiera regalarse.
Que Baco es mi querido, 25
y tanto me distrae,
que sólo le pospongo
a tan hermosa amante.
Mas no, muchacho, escucha:
si el convite aceptare, 30
traerás dos botellas
del vino más suave.
Y beberá Celina,
y beberá su amante,
y entrambos más contentos 35
pasaremos la tarde.
Que Venus con Lio
se torna más amable,
y sin él desdeñosa
se presenta y cobarde. 40

Oda 20ª
Celina escondida

Tras un rosal muy grande
que tiene mi Celina,
escondiose una siesta
al ver que yo venía.
En su verde ramaje 5
la cabeza metida,
de modo que cubierta
quedó su tez divina.
Mas el viento, soplando,
separó una ramita 10
y descubrió su boca
entre las hojas lindas.
Yo, del color guiado,
créme que sería
una rosa cual otras 15
en el rosal nacida,
y, por gozar su esencia,

me bajaba, ¡qué risa!,
a olerla, cuando sale
de repente Celina. 20

Oda 21ª

La humildad de mi Lira

Si yo, cual otro Orfeo,
pudiese, con mi lira,
los seres insensibles
colgar de su armonía;
si los ríos y fuentes, 5
suspensos por oírla,
callasen el murmullo
que el viento les inspira;
¡cuál yo cantara entonces
con voces atractivas 10
las lides más sangrientas
que el fiero Marte anima!
Pero mi lira humilde,
vezada desde niña
a amores y cantares, 15
que esparzan alegría;
tan altos no consiente
sus tonos y letrillas,
y sólo cantar quiere
placeres y delicias, 20
que guerras y batallas
el ánimo contristan,
y el mío distracciones
y gozos necesita.
Otros ensalcen lides 25
y de laurel se ciñan,
que yo ensalzar pretendo
mis bellas zagalillas.
Y aquélla cuyos ojos
más brillen y más rindan, 30
tendrá de mí alabanzas
ingenuas y sencillas.

Oda 22^a
El Amor Rosa

Conociendo Cupido

que sólo le adoraban
cubierto de oro y perlas
o con la tez rosada,
«yo haré -dijo- que el mundo, 5
que el exterior sólo ama,
desengañado aprecie
las bellezas del alma».

En rosa transformose,
los bracitos en ramas, 10
su hermoso cuerpo en tallo
y en hojitas sus plantas.

Viendo una flor tan linda,
zagales y zagalas,
de su hermosura avaros, 15
corrieron a cortarla.

Mas cuantos, con su mano,
al llegar la tocaban,
heridos de una espina,
huían sin cortarla. 20

Entonces él, mostrando
de repente su cara,
«fiad -decía-, necios,
de mi color de grana;
y sin mirar si tengo 25
espinas que se clavan,
enamoraos sin seso
de mi aparente gala.

Así, vuestros amores
un solo sol los aja, 30
porque el tacto reprueba
lo que la vista alaba».

Oda 23^a
A una Fuente

¡Cuál, derramando perlas,
oh dulce fuentecilla,
corres con pies de plata
entre menudas guijas!
¡Cuán bien tu arena de oro 5
aparece a mi vista
al lado de tu espuma,
que cual aljófar brilla!
¿Dónde tu curso riges?
¡Ay! Derecho te encaminas 10
por la floresta hermosa
donde mi bien habita.
¿Acaso la conoces?
¿Has visto tú a Celina,
la de los ojos grandes 15
y rosadas mejillas?
Pues si al oír que pasas
regando clavelinas
salieres de su choza,
del susurro movida, 20
píntale mis pesares,
píntale, oh fuentecilla,
el dolor que me causa
con su ausencia la esquiva.
Compárame a un cordero 25
entre las garras mismas
del lobo más hambriento
que en los bosques se cría,
a una yedra que arrancan
del olmo do vivía, 30
a una vid sin la palma
que la estrechaba amiga,
a una paloma hermosa
que en medio sus delicias
despedaza un milano 35
con sus uñas impías.
Pero no, dulce fuente,
mi dolor no le digas,
que un dolor cual el mío
palabras no le pintan. 40

Oda 24^a
La Aldea

Ciudades huyo y Cortes,
porque en ellas no encuentro
las delicias que busco,
ni dan un buen momento.
En centinela eterna, 5
la envidia y el despecho
rondan de noche y día
hasta el alcázar regio.
La insaciable sed de oro
enardece los pechos 10
al vicio cual la cera,
y a la virtud cual hierro.
Sin cesar, la codicia,
en tráficos diversos,
las amistades rompe, 15
trastorna los deseos.
Vende al hijo su padre,
el amigo a su deudo,
y al que mejor engaña
le da la palma el pueblo. 20
Pero en mi pobre aldea,
en la humildad contentos,
se quieren y se aprecian
los simples lugareños.
Trabajando en la reja 25
y entre chistes sinceros,
se les huyen las horas
en las garras del tiempo.
Y mueren, y sus hijos
heredan no dinero, 30
sino honradez, virtudes
y el general aprecio.

Oda 25^a
La Abeja

De rosa en rosa dando
con su punzante trompa,
corre el vergel la abeja
y un punto no reposa.
La miel a una le quita, 5
a otra destruye una hoja,
a ésta por mustia deja,
a aquélla alegre ronda.
¿Qué buscará la necia
que las desprecia todas, 10
y, en tantas que le brindan,
en ninguna se goza?
Es que, teniendo muchas,
no sabe cuál escoja,
que la abundancia cierra 15
al deseo la boca.
Si tan sólo encontrase
en el prado una rosa,
¡oh, cuánto la amaría
aun no siendo hermosa! 20

Oda 26^a
Silvia

Me gustan, sí, de Silvia,
los negros ojos grandes,
y las pobladas cejas
del Iris fiel imagen,
sus purpúreas mejillas, 5
afrenta de rosales,
do mezclados se miran
claveles y azahares,
aquellos labios rojos
más rubios que corales, 10
su cuerpo tan gracioso,
su pelo de azabache,
sus pies, sus lindos brazos,
sus manos celestiales,
su cabeza pequeña, 15
su garganta tornátil.

¿Qué encuentro, pues, en ella
que a mi pecho no agrade?
Que es mujer solamente,
y ni el nombre me place. 20

Oda 27^a
La Elocuencia de Amor

Huyendo el sol, Celina

se tendió bajo un roble
que al lado hay de un mirto
en lo espeso del bosque.
A sus espaldas, lento, 5
un arroyuelo corre,
que dando en una piedra
en perlas mil se rompe.
Del murmullo al ruido
dulcemente durmiese, 10
y amor, que la observaba,
de un brinco allí se pone.
Sacó un aguijón de oro
de allá de sus arpones
y de sus labios rosas 15
toda la miel libole.
A todos embelesa
hablando desde entonces,
¿y qué gracia que sean
tan dulces sus razones? 20

Oda 28^a
De qué se compone Amor

«¿De qué el amor, Batilo,
-me preguntó Dorila-
se compone, que siempre

tan bello me lo pintas?»
«De la esencia más pura 5
-le respondí-, mi amiga,
que el jazmín y la rosa
de sus hojas destilan.
Es todo dulce néctar,
es todo miel y almíbar, 10
cuando acordes las almas
se corresponden finas.
Mas si el negro desprecio
corrompe su ambrosía,
al punto amor se torna 15
más amargo que acíbar».
«Yo quiero, pues, Batilo
-siguió la inocentilla-,
probar de amor lo dulce
sin lo amargo que cría. 20
Vayamos a buscarle
los dos en compañía
y, si viene el desprecio,
tú al punto me lo avisa».
«No te muevas -la dije-, 25
no es menester, Dorila,
para beber su néctar
ámame sólo fina».

Gracias del Bello Sexo
A Celina

Celina en el Tocador

¡Cuál apuras, Celina,

los primores del arte
al tocador sentada!
¡Cuán bien vestirse sabes!
Esos graciosos bucles, 5
más negros que azabache,
a tu frente de nieve
dan un mayor realce.
¡Qué hermosos se presenta!
¡Qué derechos y qué iguales, 10
de tu cabeza bella,
adornan ambas partes!
¡Cuál tu corsé adelgaza
tu esbelto y lindo talle!

Parece que las gracias 15
su ceñidor te abracen.

Parece que tu cuerpo,
delgado más que el aire,
en molde se convierta
de gustos y beldades. 20

Las hermosas lo miren
y aprendan a adiestrarse,
verán lo más perfecto
que el amor crear sabe.

Verán de tus caderas, 25
que tanto sobresalen,
la proporción y gracia
que elásticas las parte.

Ese vestido airoso
que ni una ruga te hace, 30
que a la moda sujeto
la sencillez no abate;

esa elección de cintas
de colores y estambres;
ese sello del gusto 35
que tiene tu ropaje,

todo concurre, todo,
a hacer de ti la imagen
de la Ciprina diosa
enamorando a Marte. 40

¡Con qué desden cruzada
la linda gasa traes
trasparente, ocultando
tus globos celestiales!

A par que tú respiras, 45
concita amor su cárcel
y asoman un momento
para luego ocultarse.

No los cubre el pañuelo,
si sólo con donaire 50
la hora de descubrirlos
parece que dilate,

o bien que en su abandono
pretende el homenaje,
y que nos dice a voces: 55
«Miradme ojos, miradme».

Las rosas y los lirios
mezclados se complacen
en teñir, de tus brazos,
las delicadas partes, 60
do caído a su grado,

de plata un terso guante
hace saltar la grana
de las desnudas carnes.

¡Qué bien el oro brilla 65
en manos virginales!
En las tuyas aumenta
su brillantez y esmalte.

Las sortijas que visten
tus dedos de diamantes 70
precio mayor ostentan
en ellos del que valen.

¡Cuán lindo, cuán pequeño
tu hermoso pie, con arte,
juegas vivaz, andando 75
sin perder los compases!

Su pequeñez, Celina,
¡cuánto a mi amor complace!
Es señal de que fría
no serás con tu amante. 80

Sigue estudiando, sigue,
al tocador las sales,
la gracia y los adornos
que a las diosas te igualen.

Estudia de qué modo 85
se prende con donaire
un pañuelo sencillo,
un sencillo ropaje.

Cuánto puede el buen gusto,
cuántos tu sexo añade 90
encantos poseyendo
de vestirse la clave.

¿Y a qué fin, dulce amiga,
en estudios cansarte,
si tienes de las gracias 95
las formas más amables?

¿Si un alfiler tan sólo
no sabes tú clavarte,
sin que en él se descubran
del gusto las señales? 100

Rompe el espejo, rompe,
no esclavices al arte
la perfección que abunda
en tu divina imagen.

Otras, no tan perfectas, 105
en sus lecciones hallen
aumento a su hermosura,
que a la tuya no es dable.

Celina en el Piano

Detén, amable maga,
el giro de tus dedos,
del piano sofocando
el armónico estruendo.

¿No sientes los latidos 5
que, al percibir tu acento,
al corazón oprimen,
en éxtasis oyendo?

La música principia,
en ti los ojos puestos 10
el concurso se agita,
movido con tus ecos.

Vagan tus albas manos
más ligeras que el cierzo,
tu voz acompañando 15
con delicioso anhelo.

Tú, muda cual estatua,
las teclas recorriendo,
te embebes en sus sonos
y enciendes más mi pecho. 20

Cantas, un «ay» despides;
hielas la sangre al cuerpo
y al momento, inflamada,
te va el nácar tiñendo.

Nos pintas a Nineta 25
dando el adiós postrero
en los caídos brazos
de su adorado dueño.

Al ver tu dolor mudo,
Nineta te creemos 30
sobre sí demandando
el rayo de los cielos.

Lloras, callas, te mueves,
y en cada movimiento
bebe el alma afligida 35
un dolor y un afecto.

Las lágrimas que caen
tu rostro humedeciendo,
muy más bella te tornan
y a nosotros más tiernos. 40

¡Y cuál entonces hierven,
en dulce amor ardiendo,
cuantos tu canto escuchan
y se juran tus siervos!

Tu sin par hermosura, 45
el entusiasmo ciego
que la música excita
y aumenta el embeleso,
tus gracias, tus hechizos,
tus célicos afectos, 50
en tu favor nos hablan
y tuyo es nuestro pecho.

Los hombres te proclaman
la Reina de tu sexo,
cual la rosa es de flores 55
por sus colores bellos.

Tus amigas se encantan
y, tan superior viendo
a su gracia la tuya,
admiran tus talentos. 60

Así, del canto Diosa
y Reina de tu sexo,
del arte y de Natura,
eres lo más perfecto.

Celina sensible

¡Oh, cómo resplandecen
la virtud y las gracias
en tus ardientes ojos
y en tu divina cara!

Ya si modesta miras, 5
parece que retratas,
del sol, la hermosa hoguera,
saliendo en pos del Alba.

Ya si los vuelves luego,
o tímida los bajas, 10
remedas a la luna
de nubes mil velada.

A un relámpago símil
se cruzan tus miradas,
que nacen y ya espiran, 15
se dejan ver y pasan.

Por su inocencia amable,
encantan tus palabras,
tus pláticas tan dulces
que al mismo amor agradan. 20

Ese heroísmo noble,
esa noble confianza
que grata inexperiencia
dicta a las grandes almas,

retrato son de un pecho 25
do la virtud se espacia
y que los otros pechos
juzga que al suyo igualan.

Y como en él es grande
cuanto piensa y cuanto habla, 30
extático se entrega
a la amistad sagrada.

Tú pruebas sus dulzuras,
tú en su regazo calmas
el entusiasmo ardiente 35
del amor que te inflama.

Su noble antorcha enciendes
y a su templo arrebatas
el ánimo de cuantos
te ven y te idolatran. 40

Cuando el pudor matiza
tus mejillas de grana,
el colorido impone
que tu virtud declara.

Nuevo atractivo añade 45
tu risa, si la exhalas
cual perlas que destila
la aurora cuando pasa.

Al verla me enajeno
y bien te declarara 50
lo mucho que te adoro
y el fuego que me abrasa;

pero tu rostro tiñes
segunda vez de nácar,
quizás adivinando 55
las voces que ya saltan.

Y yo me sobrecojo,
y la expresión me falta,
y sólo sé decirte
mi afecto en mis miradas. 60

Mil veces, cuando lees
de Clara las desgracias,
y acalorada lloras,
y sensible te embriagas,
cuando desplegas toda 65
la grandeza de tu alma,
y tanto me conmueves,
y tanto me anonadas,
yo creo ser verdades
los males que relatas, 70
y desgracias presentes,

no fábulas pasadas.

O bien cuando, contando
de un infeliz las ansias,
tus ojos centellean 75
y en lágrimas te arrasas,
dulce llanto que sólo
los sensibles derraman,
un ser que yo más grande
mi corazón te llama. 80

Estas dotes, Celina,
al cielo te levantan,
y más que tu belleza
se precian y tus gracias.

Ellas te harán eterna 85
en la memoria humana,
tu nombre conservando
y tus virtudes tantas.

Letrillas e idilios

Letrilla 1ª

Celina saliendo al campo

Rodillas a tierra,
que sale mi amor.

Cual suele la aurora
reír en oriente 5
y el rayo fulgente
de luz nos colora,
así mi pastora
su choza dejó;
rodillas a tierra, 10
que sale mi amor.

¿No veis la cascada
callar su ruido
y, en blando sonido,
cantar su llegada? 15

Señal que mi amada
su rostro mostró;
rodillas a tierra,
que sale mi amor.

Allí do el pie mueve, 20

la tierna flor salta
y el prado se esmalta
de púrpura y nieve,
y el aura más leve
mitiga su ardor; 25
rodillas a tierra,
que sale mi amor.

La luz se presenta
más pura y más clara,
y, al ver de su cara 30
los rayos, se ausenta
temiendo su afrenta
al lado del sol;
rodillas a tierra,
que sale mi amor. 35

El tierno jilguero
se pierde en su canto
y el árbol, en tanto,
se mece ligero;
y aquesto es agüero 40
que al prado asomó,
rodillas a tierra,
que sale mi amor.

Si el agua y el viento,
la flor y la planta 45
se alegra y encanta
al ver tal portento,
¿podrá mi contento,
podrá ser menor?;
rodillas a tierra, 50
que sale mi amor.

Letrilla 2ª

La célica orilla
del Turia feliz.

La joven más bella,
envidia de mil,
que, de amor perdido, 5
por siempre seguí,
en choza pajiza
habita gentil,
la célica orilla
del Turia feliz. 10

Cupido la erige
mil templos allí,

do quema perfumes
y aromas sin fin;
 mas ella se ríe 15
y sale a lucir
la célica orilla
del Turia feliz.

Preséntola flores
de un rico pensil, 20
que tiñen la grana
y el rojo carmín,
 y aquéllas elige,
que suelen cubrir
la célica orilla 25
del Turia feliz.

En dulce transporte
su mano cogí
y el labio mil veces
besó su jazmín, 30
 y tuvo, al mirarlo,
envidia de mí
la célica orilla
del Turia feliz.

Tendida y durmiendo 35
un día la vi
y amantes palabras
la quise decir,
 y al punto, enojada,
me apartó de sí, 40
la célica orilla
del Turia feliz.

Esencia de flores,
primicia de abril,
el viento embalsama, 45
y ven por aquí,
 a hacer más preciosa
con tu aura sutil
la célica orilla
del Turia feliz. 50

Si el cielo me diera
un sitio a elegir,
do alegre y dichosa
quisiera vivir,
 ¡oh, cuál prefiriera, 55
al mismo Madrid,
la célica orilla
del Turia feliz!

Mil tronos cediera

y cetros, diez mil, 60
por ser, mi zagala,
amado de ti,
y en lazo dichoso
nos viera existir
la célica orilla 65
del Turia feliz.

Letrilla 3ª

El beso de amor.

Tan dulce la abeja
no encuentra la flor,
ni el labio sediento,
del vino el sabor, 5
cual es a un amante
triunfar del pudor,
logrando el primero
el beso de amor.

Después de mil ansias 10
que tierno venció,
su Filis, rendida,
le da el corazón,
mas él solicita,
por premio, un favor, 15
que imprima en sus labios
el beso de amor.

Riendo amorosa,
le dice que no
y, en grato abandono, 20
incita su ardor.

Entonces, ansioso,
al ver su pasión,
en éxtasis goza
el beso de amor. 25

A Filis, de grana,
la tiñe el rubor,
haciendo más bello
su hermoso color.

Sus ojos más vivos, 30
más dulce la voz,
que toda la enciende
el beso de amor.

De entonces no mira,
ni busca más sol, 35
que el sol de los ojos

del tierno pastor.

Su imagen grabada
al pecho quedó,
al darle su boca 40
el beso de amor.

En lazo de rosas
atado su honor,
su dicha ya pende
de sola su unión: 45
que nada a un amante
jamás le negó,
quien dióle primero
el beso de amor.

Letrilla 4ª
A unos ojos

Descubro dos soles,
¿y sólo hay un sol?

El fúlgido Apolo,
del día esplendor,
no quiera del cielo 5
ser solo Señor;
que al punto que miro
tus ojos, mi amor,
descubro dos soles,
¿y sólo hay un sol? 10

Tus ojos, un día,
alzaste veloz,
y, al astro dorado,
su luz apagó.
Entonces, al verlo, 15
clamé con fervor:
«descubro dos soles,
¿y sólo hay un sol?»

Apolo me ha dicho
que de él hijos son, 20
y quiere, en el éter,
ponerlos el Dios.

Por eso, al mirarte,
exclama mi voz:
«descubro dos soles, 25
¿y sólo hay un sol?»

Si sales al prado,

lo abrasa el calor
y necios lo achacan
del sol al ardor. 30

Mas viéndolo, digo
con nuevo tesón:
«Descubro dos soles,
¿y sólo hay un sol?»
Allá, en el espacio, 35
los pon, por favor;
no quemen sus rayos
con tanto rigor:
que ahora si miro
tus ojos, mi amor, 40
descubro dos soles,
¿y sólo hay un sol?

Letrilla 5ª La Simulación

Si juego y si río
con todos cortés,
y en bailes y fiestas
contino me veis,
mirad sin envidia 5
mi aparente bien,
que cercan ya días,
con rabia cruel,
dolores al alma,
y al rostro placer. 10

Yo adoro infelice
a un pérfido infiel,
más duro que el oro
y hermoso cual él.
Esquivo me mira, 15
y, al ver su desdén,
valor nuevo finjo,
tornando a nacer
dolores al alma,
y al rostro placer. 20

Así disimula
su amor mi altivez
y sólo desprecios
le doy a entender.
Con éste me río, 25
en pos voy de aquél

con cara risueña,
logrando tejer
dolores al alma,
y al rostro placer. 30

De rosas y lirios,
y rojo clavel,
coronas le pongo
a mi blanca sien;
loqueo en el prado 35
y trisco al vergel,
ciñendo entre tanto,
que alegre me veis,
dolores al alma,
y al rostro placer. 40

Mas, ¡ay!, que me falta
valor esta vez
y caigo abatida
a tal padecer.
La voz desfallece, 45
nublada la tez,
no puede, cual siempre,
dolosa hacer ver
dolores al alma,
y al rostro placer. 50

Ingrato amor mío,
a mis brazos, ven,
y cesen las ansias
que sufro, mi bien.
Verás cual palpito, 55
cual te amo más fiel
y cual desde ahora
principia a tener
placeres el alma,
y el rostro placer. 60

Letrilla 6ª

Celia saliendo al campo

Zagalas hermosas,
del Turia esplendor,
silencio, que viene
al campo mi amor.

¡No veis a las flores 5
abrir su capullo

y, en dulce murmullo,
la fuente reír?

Señal, que ya viene,
en pos de la aurora, 10
mi joven pastora;
venidla a seguir.

Zagalas hermosas,
del Turia esplendor,
silencio, que viene 15
al campo mi amor.

Do fija su planta,
le brotan las rosas,
esencias preciosas
despide el vergel 20
y, en púrpura tinto,
el prado se esmalta,
en tanto que salta
el rojo clavel.

Zagalas hermosas, 25
del Turia esplendor,
silencio, que viene
al campo mi amor.

Haced, oh pastoras,
coronas de flores, 30
casad los colores
que el prado os dará,
y, al punto que llegue,
ornemos sus sienas
y amor, parabienes, 35
cantando vendrá.

Zagalas hermosas,
del Turia esplendor,
silencio, que viene
al campo mi amor. 40

Aquí, con nosotros,
de gracias seguida,
mi dulce querida
vendrá a su placer.

Veréis cual me mira, 45
cual juntos juramos
que a par nos amamos
a más no poder.

Zagalas hermosas,
del Turia esplendor, 50
silencio, que viene
al campo mi amor.

En coro armonioso,

mil himnos cantemos,
por Celia brindemos, 55
al viento el dolor.

Mas no, mis amigos,
la diosa diviso:
respeto es preciso
a tanto fulgor. 60

Zagalas hermosas,
del Turia esplendor,
silencio, que viene
al campo mi amor.

Letrilla 7ª

El día de hoy.

Mis fuentes dulces,
no durmáis, no,
regad el árbol,
regad la flor. 5

Que muy hermoso,
del alba en pos,
ríe, en el cielo,
el día de hoy.

Cierzo travieso 10
voló veloz,
y aves y prados
ya despertó.

Parleras ellas
cantan su amor, 15
saludo que oye
el día de hoy.

Saldrá dorando
montes el sol,
nuncio felice 20
de mi pastor.

Y, al verle ardiendo,
mi corazón
tendrá más grato
el día de hoy. 25

Danzas y juegos
ya todo son,
en selva y bosque
reina el amor.

La rosa alegre 30
rompe el botón,
su olor recoge

el día de hoy.
¿Será mañana
la luz mejor, 35
más blanco el lirio,
más feliz yo?
Dejemos eso
a la ambición,
que luce y sobra 40
el día de hoy.

La muerte es cierta,
su instante no;
quizás al otro
vendrá el dolor, 45
y en vano, entonces,
diré: «pasó
sin disfrutarlo
el día de hoy.»

Letrilla 8ª

Por lograr de Silvia un sí,
un pastor morir fingía,
y ella «eres hombre» decía,
y todos hablan así.

Él la dice: «Ya no quiero 5
sufrir más mi triste vida,
de pena en pena seguida
y del padecer más fiero.
Desde aquél en que te vi,
no he tenido bueno un día». 10
Y ella «eres hombre» decía,
y todos hablan así.

Él dice: «¡Si el pecho vieras
cuán triste y llagado está!
Compasión, cruel, dará 15
a los tigres y a las fieras.
¿Y sólo odio merecí,
cuando tanto amor pedía?»
Y ella «eres hombre» decía,
y todos hablan así. 20

Él dice: «No vivo, rabio
cuando estás aquí presente,
voy a hablarte y, de repente,
queda en inacción el labio.
Bastante, pues, padecí, 25
llegó, al fin, la muerte mía».
Y ella «eres hombre» decía,

y todos hablan así.
Él dice: «Tan sólo siento
tener que dejar tu lado 30
y estar siempre separado
sin poder gozar tu aliento.
Pero muero, pues de ti
en vano el alma reffá».
Y ella «eres hombre» decía, 35
y todos hablan así.

Idilio 1º

Cupido, rapaz y astuto,
descubriome vuestro encanto,
y, al ir a gozar, su manto
me impidió coger el fruto.

En el caño de una fuente
vi, bebiendo sin aliño, 5
un tierno y hermoso niño,
bañada en sudor su frente.
Por do estaba más enjuto
el umbral de su frontera,
me acerco, y descubro que era 10
Cupido rapaz y astuto.

Viene, al verme, como amigo
y me agarra de la mano,
«silencio» dijo y, ufano,
me mandó partir consigo. 15

Caminamos al fin tanto,
que, al mirar que me rendía,
en un bosque que allí había
descubriome vuestro encanto.

Loco al verle de alegría, 20
corro al bosque donde estaba
y allí tierno le abrazaba,
y, riendo, amor lo vía.

Tan dulce y célico encanto
dobló el fuego ya encendido, 25
y entonces tendió Cupido,
al ir a gozar, su manto.

Tal burló, por un momento,
el niño traidor mi anhelo,
y, perdiendo mi consuelo, 30
otra vez torné al tormento.

Volvióse el placer en luto,
los transportes en tristeza,

que su fingida fineza
me impidió coger el fruto. 35

Idilio 2ª
El Retrato del Pastor

Permite, bien mío,
te vuelva el retrato
que alegre me diste
ayer en el prado.
Es lindo, perfecto, 5
me agrada el mirarlo,
los ojos son tuyos
y tuyos sus rasgos.
Cual tú se sonríe,
y vierten sus labios 10
la dulce elocuencia,
los modos más gratos.
Cual tú me seduce
y cual a ti le amo,
por su bella copia 15
de ti, mi adorado.
Mas, ¡simple!, yo tengo
un otro que, exacto,
ni sólo un cabello
de falta he notado. 20
¿Y sabes en dónde
le tengo y le guardo?
Grabado en el pecho...
mas no, me lo callo.

Sonetos

A mi Primo D. J. M. R. dedicándole los siguientes sonetos

Del amor en las alas conducidos,
lleve el eco, volando, mis cantares,
desde el Turia al soberbio Manzanares,
a mi joven Pariente dirigidos.
Las ansias y suspiros repetidos 5

que canté en las orillas de estos mares,
hoy sirvan de amistad en los altares,
cual en loor de la deidad vertidos.
El entusiasmo y la emoción del alma,
y la dulce expresión de mis amores, 10
en otros tiempos, retrató mi lira;
hoy, libre el pecho y reposando en calma,
del ciego Dios recuerde los rigores
que al fin mi suerte, cariñoso, mira.

Soneto 1º

En los días de Doña Concha...

Ya sube el sol la tachonada esfera,
láminas de oro de su faz lanzando,
y alegre el mundo, la rodilla hincando,
resuena en himnos a la ardiente hoguera.
Sale Concha del Turia a la ribera, 5
en su día natal feliz triscando,
y brota por doquier que va pasando
el cielo luces, flores la pradera.
Lo mira el alba y, envidiosa, llora,
el dulce canto oyendo de las aves 10
que rinden homenaje a la pastora;
y, del Oriente dándole las llaves,
Apolo la proclama nueva Aurora,
que vierta las esencias más suaves.

Soneto 2º

La Aljaba

Amor, por ir tras una mariposa
que de una en otra flor veloz volaba,
dejó en el suelo su donosa aljaba
y a prenderla probó mudado en rosa.
Y, mientras fácil su intención graciosa 5
y la prisión alegre practicaba,
la bella Filis, que a su lado estaba,
sus armas le robó y huyó gozosa.
De entonces ya no existe más tirano
que envíe al corazón certeras flechas, 10
que de Filis cruel la blanca mano;
y deben ser de bronce o mármol hechas,
según el peso que en el alma siente

aquél que hieren con su punta ardiente.

Soneto 3°

En mi desesperación

A un amigo

Cierra la tarde de la luz las puertas,
dormido el sol en medio de los mares,
y de tropel se arrojan a millares
las pardas sombras tras las luces muertas.
Las negras selvas, de su horror cubiertas, 5
de lejos miran los humeantes lares
y, donde quiera que la vista alzares,
verás las flores con la noche yertas.
Ésta es la imagen de la muerte fría,
que muda en polvo la existencia hermosa 10
y en densa obscuridad el claro día.
Mas mira mi alma triste y pesarosa
y hallarás dibujado en su agonía
más fiel retrato de la cruda Diosa.

Soneto 4°

Epitafio a una hermosa

Un pecho más flexible que la cera,
una alma que el espacio más grandiosa,
aquí, disuelta, yace en esta losa
que fijó la amistad más verdadera.
Lo que ora polvo, ninfa fue hechicera, 5
en otro tiempo, y arrogante rosa,
que Venus la divina más hermosa,
cuando gloria y honor de Venus era.
Gozó viviendo del loor del hombre
que aromas sin cesar quemó en su templo, 10
y, muerta, el hombre la olvidó al momento.
Por más, oh bellas, que el sepulcro asombre,
volved los ojos y tomad ejemplo:
el hombre es humo y la hermosura viento.

Soneto 5°

Los días de Celina ausente

Llegó de tu natal felice el día,
felice para ti que amor acata,
para mí tan amargo, a quien maltrata
con su acerbo puñal la ausencia impía.
Tú no sientes, cual siente el alma mía, 5
un fuego lento que la oprime y mata,
ni te sigue la imagen de una ingrata,
hermosa cual la luz que el cielo envía.
Tú, de amigos cercada y de parientes,
de tu natividad alegre goza 10
la clara aurora en que feliz naciste;
yo, el suspirar y lágrimas ardientes
sufra aquí sepultado en esta choza,
hasta tu vuelta, solitario y triste.

Soneto 6°

Despedida de la Poesía

En tanto que viví, sentí pasiones
que en mis versos copié y cantó mi lira,
glorias de amor reí y lloré su ira
sin poder escapar de sus prisiones.
Ora frías y muertas mis acciones, 5
Apolo me desdeña y no me inspira,
y ninguna beldad mi pecho mira
capaz ya de llamar sus atenciones.
Rompa, pues, mi dolor la lira triste,
en otro tiempo mi delicia grata; 10
vista el rostro el pesar que mi alma viste;
y de mis glorias la memoria ingrata
que sin cesar mi corazón embiste,
la hiel aumente que mi pecho mata.

Soneto 7°

La impresión

Cual la cera al calor, de ardiente llama
se derrite al mirarte el pecho mío,
y cual corriente de agitado río
por todo el cuerpo su volcán derrama.
Se enciende mi color, mi voz se inflama, 5
por mis venas discurre un luengo frío,
tiemblo, dudo, me atrevo, desconfío,

y más y más mi corazón te ama.
A hablarte voy, y el labio se detiene
quizás temiendo provocar enojos; 10
y, en tanto que mi amor callado tiene,
lo dicen sin querer mis tristes ojos,
siendo fácil leer en tal instante
en mis ojos amor y en mi semblante.

Soneto 8°
A la muerte de Alejandro el Grande

En carro de coral, las ruedas de oro,
envuelto en seda y de laurel orlado,
va Alejandro llevando por su estado
atada la fortuna en triste lloro.
Al mirar su riqueza y su tesoro, 5
y a sus plantas el mundo arrodillado,
«¿quién -dice- más que yo? Vedme incensado
cual ese Dios que del Olimpo adoro».
Lo oyó la muerte, y de la tumba alzando
su descarnada faz, gritó azorada, 10
la guadaña en sus manos empuñando:
«¿Quién, necio, más que tú? Mira mi espada
el Orbe todo a su placer mandando.
Sí, polvo serás hoy; mañana... nada».

Soneto 9°
A doña T. B. de P. después de haber cantado una Aria en que hizo resaltar mucho la
sensibilidad

Rayos de plata de su sien lanzando,
entre celajes Diana relucía,
y en la esfera a brillar se detenía,
de Nice los acentos escuchando.
La admiraba su voz, su acento blando 5
y su dulce expresión y melodía,
y ufana de escucharla se reía,
su carro poco a poco despeñando.
Ya, por fin, presurosa se alejaba,
cuando oye a Nice que gritó: «¡Inhumano!», 10
hasta las duras piedras conmoviendo.
Salta veloz del carro donde estaba,
y, confiando las riendas a otra mano,

dijo: «Me place más quedar oyendo».

Soneto 10º

En un Cumpleaños

Crece, niña feliz, en años crece,
y tanto gusto a tu vivir prepara,
como gracias relucen en tu cara
y como tu alma disfrutar merece.
Las flores coge que el amor te ofrece, 5
y bella cual la luz, cual ella clara,
aumento tome tu hermosura rara,
y en virtud y modestia resplandece.
Tu pecho goce de la calma pura
que el placer de obrar bien nos proporciona, 10
que la dicha a los hombres asegura;
y cada sol que luzca en esta zona
redoble los hechizos que natura
concedió de la infancia a tu persona.

Soneto 11º

La súplica y la resignación

¡No partas, oh cruel! Me va la vida,
mira el despecho y el dolor que siento.
Si tú un punto probases mi tormento,
¡cuán cierto evitarías tu partida!
Por Dios te queda, mi feliz querida, 5
oh, me ahoga el pesar que experimento:
sin ti infeliz y sin ventura aliento,
tu vista a las delicias me convida.
Pero, ingrata, tú ríes de mi ruego,
y a partir te dispones placentera, 10
quizás en busca de tu bien ausente;
mas huye, parte de mis brazos luego,
corre a los suyos que el placer te espera,
mi pecho deja en el horror que siente.

Soneto 12º

El Corazón

No aquesos ojos cuya luz me mata,
no tus labios afrenta de la rosa
ni tu frente bruñida y espaciosa,
que atrás se deja la brillante plata,
no aquesas pellas en que amor retrata 5
los dos veneros do el placer rebosa,
el lazo son de mi pasión dichosa
o el grato nudo que a tus pies me ata.
Esa expresión de un noble sentimiento,
tu corazón cual cera de flexible 10
lazan mi voluntad a tu albedrío.
La belleza se eclipsa en un momento;
mas pecho tal, una alma tan sensible,
vencen al tiempo y su mudar impío.

Soneto 13°

A la señora Juana de los Santos García, después de haber desempeñado el papel de Rosita en la ópera de El Barbero de Sevilla la noche del 17 de noviembre de 1825.

Yo te vi Nice que, llorosa y triste,
en tu canto pintaste las pasiones,
y la ciencia de atar los corazones
bella Italiana, desplegar supiste.
Lágrimas tiernas derramar nos viste 5
retratando a Nineta entre prisiones,
y, al romper la razón sus eslabones,
palpitar de contento nos hiciste.
Por ti, alegre, Valencia ha disfrutado
la noche con tu canto deliciosa 10
en tantas horas de placer que has dado,
mas tan feliz cual hoy y tan graciosa,
perdona que jamás, Juana, has estado,
ni tan tierna te he visto y amorosa.

Soneto 14°

La partida

Mi bien se marcha al campo a divertirse
y se lleva consigo mi alegría,
así se lleva el sol la luz del día,
si llega entre tinieblas a cubrirse.
Saltando de placer sabrá partirse 5
sin mirar de mi pecho la agonía,
y puede que de mí se burle y ría,
cuando yerto de pena llore al irse.

La brinda ya con su belleza octubre,
vistiendo las campiñas de racimos 10
y de frutos los árboles llenando.
El luto y el despecho mi alma cubre
sin moverla los sitios más opimos
al mirar que mi amor se está ausentando.

Égloga

Aminta y Batilo

Aminta

¡Dichoso tú, Batilo,
que en la grama sentado,
orilla de las fuentes cristalinas,
ves caer, hilo a hilo,
el agua al verde prado 5
y esparcirse a regar las clavelinas!
¡Dichoso tú que, oyendo
los dulces y parleros ruseñores,
puedes ir repitiendo
al son del caramillo sus amores! 10
Bala regocijado
a tu lado el cordero
retozando con una corderita.
El álamo nevado,
meciéndose ligero, 15
con su susurro a descansar te invita,
y el hermoso arroyuelo,
que entre guijas se aduerme de colores,
te retrata en su suelo,
fugaz pasando del vergel las flores. 20
Triste de mí, cerrado
en mi pobre alquería
del campo, no disfruto la hermosura.
Cual al lobo el ganado,
huyo la luz del día 25
y a respirar no salgo su aura pura.
Esta estación tan bella
que renueva la tierra con su aliento
me recuerda, ¡ay!, aquella

dulce calma que hacía mi contento. 30

También de frescas rosas
ceñí yo mi cabeza
bailando con las ninfas de estos ríos,
y más de dos hermosas,
término de belleza, 35
oír quisieron los suspiros míos.
También pulsé mi lira
cuando tenía mi cabello rojo,
mas ahora me mira,
ya tiempo, la fortuna de reajo. 40

Batilo

Dime, querido Aminta:

cuando ves del invierno
desparecer por puntos los rigores
y que el abril nos pinta
sobre su tallo tierno 45
la bella rosa, reina de las flores,
cuando ves a las nieves
deshechas descender de la montaña
corriendo en ondas leves,
¿te estás cerrado, simple, en tu cabaña? 50
¿Acaso tus corderos
habrá el lobo ojeado
y, de uno en uno, en el redil espiran?
¿O quizá en tus graneros
el vil gusano ha entrado 55
y perdido su afán tus ojos miran?
Pues sin causa, no creo
te entregues al dolor que te atormenta,
y tan triste te veo
que es fuerza que cual tú tus males sientas. 60

Aminta

¡Ay!, no, Batilo amigo;
pace alegre la yerba,
mi ganado por monte y por pradera,
y, en su granero, el trigo
tan fresco se conserva 65
cual si hoy cortado el segador lo hubiera.
Las penas que yo lloro
tienen, ¡ay!, su raíz dentro del alma.

Jamás la sed del oro
yermó un momento en mi interior la calma. 70

Batilo

No hay en todo este valle,
Aminta, un ganadero
que contigo no llore y se lamente.
Y aunque tu lengua calle
a todos el mal fiero 75
que con tanto rigor tu pecho siente,
mi amistad forma agravio,
por el común amor que nos tenemos,
de que también tu labio
penas me oculte, que partir debemos. 80
Grato es del arroyuelo
el murmullo suave,
grato el be del cordero a la cordera,
grato a la vista el vuelo
de la pintada ave 85
y más grato el clavel a la pradera;
mas nada a mí tan grato
como el son de tu dulce caramillo.
No seas, pues, ingrato
y canta tu dolor, que quiero oillo. 90

Aminta

Fea es la tigre hircana,
feo del alpe el oso,
feo a las selvas el lluvioso invierno
y más fea la cana
vejez al verde mozo 95
que esquiva de sus ayos el gobierno,
mas nada a mí tan feo
como la negra ingratitud de un pecho.
Cumpliré tu deseo
cantando aquélla que infeliz me ha hecho. 100
Siendo yo jovencillo,
cuando apenas cubría
el vello del albéchigo mi cara
y arrancar al membrillo
o al roble no podía 105
una rama que resistir osara,
por alcanzar un nido

que en un ciprés había de jilgueros,
a él me subí atrevido
y caí sobre un cerco de romeros. 110

Tal me puse el semblante
de espinas arañado,
que cual agua la sangre me brotaba.
Corrí derecho, al instante,
a lavarme afanado 115
a la fuente de amor que cerca estaba,
y una pastora hermosa,
que huyendo del calor tomaba el fresco,
mirándome piadosa,
«ven, ven -me dijo-, yo lavarte ofrezco». 120

Lavome cariñosa,
dejando limpio y sano
mi rostro y las heridas atajadas,
mas cada vez que, hermosa
cual el jazmín, su mano 125
mis mejillas tocaba ensangrentadas,
yo allá dentro sentía
un incógnito ardor, un dulce almíbar,
que al punto se volvía,
al cesar de lavarme, amargo acíbar. 130

Cual tras la liebre el gamo,
tras su madre el cordero,
corrí tras ella desde aquel momento.
Del pájaro el reclamo
no era tan lisonjero 135
ya para mí, ni su melifluo acento,
como ver de azucena
su tez pintada y de clavel batida,
y su frente serena,
que la luciente plata más bruñida. 140

Si venir al Otero,
de tarde, me ofrecía
a pacer los ganados juntamente,
yo llegaba primero,
y de flores la hacía 145
una corona para ornar su frente.
Ya armábamos con liga
las matas por cazar los pajarillos,
ya a la loba enemiga
íbamos a matar los cachorrillos. 150

Así, juntos, pasamos,
siempre en juegos iguales,
tres abriles que huyeron cual un rayo.
Un día, entre unos ramos,

vimos de unos rosales 155
dos palomas graciosas cual el mayo.
Se arrullaban rientes
y su plumaje, bellas, encrespando
con picadas ardientes,
mil besos de placer se estaban dando. 160

«¡Ay! -dije-, ¿ves, Celina,
(pues éste su nombre era)
cuál a amar nos enseñan estas aves?
Mira al pichón cuán fina
besa su compañera, 165
aprende de ellas, ya que amar no sabes».
Volvióse colorada
y, acercando sus labios a mi boca,
besome avergonzada,
dejando de contento el alma loca. 170

Nunca yo miel alguna,
tan dulce ni sabrosa,
probado había, en el panal labrada
por la abeja importuna
que la robó a la rosa, 175
cual la miel por sus labios destilada.
Yo bebí una dulzura
que se esparció por todos mis sentidos.
Mas, ¡ay!, que de amargura
estuvieron bien pronto poseídos. 180

El padre de Celina,
pastor feroz y altivo,
que, receloso, en atalaya estaba
entre una grande encina
y un más pequeño olivo, 185
vio desde allí cuál ella me besaba,
y con rostro encendido
vino corriendo y la cogió del brazo;
yo quedé suspendido.
¡Ay, entonces rompía nuestro lazo! 190

Tendió la noche el manto
dibujado de estrellas
y a humear las cabañas comenzaron.
Yo regué, con mi llanto,
de mi ninfa las huellas 195
y los senderos que sus pies pisaron.
Las fieras que rugían,
validas del horror que noche inspira,
no tanto me imponían
cual de su padre la funesta ira. 200

Abrió, por fin, la aurora

la puerta al nuevo día
coronando de luz el alto cielo.
Mas, ¡triste!, mi pastora
no vino cual solía 205
a hacer brotar la fresca flor al suelo.
Vi entonces su cabaña
de par en par abierta y habitada
por una gente extraña,
lo estaba viendo y no creía nada. 210

Ya, pastor, segado hemos
veces cinco las mieses
y otras tantas en el lagar corriendo
el vino visto tenemos
por los opimos meses, 215
y en mis desdichas triste voy creciendo.
Nada de ella he sabido,
tan sólo que dejaron estos llanos
y que a habitar se han ido
unos extraños campos muy lejanos. 220

Batilo

¡Oh, pastor infelice!
Tu historia me entenece
y en lágrimas se bañan mis mejillas.
El corazón me dice,
y tu amor lo merece, 225
que volverán aquí sus ovejillas.
Consuélate entre tanto
y no te entregues todo al desconsuelo.
Tras de afligido llanto,
la alegría y placer envía el cielo. 230
Ven, Aminta, conmigo,
a mi vecina casa
do un poco se recobre tu agonía.
Ven, ven, querido amigo,
en mi fortuna escasa 235
quisiera traspasarte mi alegría.
¡Ay, sexo! ¡Ay, hermosura!
¡Cuántos dolores en tu tez anidas!
¡Qué necio el que procura,
feliz viviendo, que su dicha impidas! 240

Odas

Oda 1ª

En honor del Bello Sexo

Dadme la lira, no la lira aquella
que cantó de la guerra los rigores,
sino la dulce cítara de amores
en que ensayé las gracias de una bella.
Amor será mi estrella, 5
pues del amor nacido
cantaré agradecido
a tantos gustos que bebí en la risa
de unos labios más rojos que claveles,
o en las gratas miradas de una Elisa, 10
para mí más sabrosas que las mieles.

Tú, que me diste el aire que respiro,
tú, que entre penas y amoroso llanto
alegre oíste mi primer suspiro,
oye de gratitud ora mi canto. 15
¡Oh, si el precioso encanto
que tu magia me inspira,
hoy cantase mi lira
al son de aquella que mi amigo pulse!
Perdona, Bello Sexo, su armonía, 20
que nunca podrá ser tan grata y dulce
como es grande el ardor del alma mía.

Yo vi una ninfa, cual el sol hermosa,
abrir sus venas y saltar partida
en dos caños la fuente de la vida, 25
nutriendo en ella la niñez llorosa,
y, cual luz que a la rosa
da el olor y la esencia,
darle así la existencia,
conservando su cuerpo delicado 30
de la dura intemperie de los vientos
y, en un lecho mullido y regalado,
burlando los crueles elementos.

Yo vi al niño crecer; la vi sensible
formar su corazón de tierna cera, 35
y el mismo que un león sin ella fuera
su especie amar a la virtud flexible,

ardiendo inextinguible
desde pequeño niño
en su pecho el cariño. 40

La vi enseñarle del amor lecciones,
la virtud tan amable presentando,
que al escuchar sus mágicas razones
parece que por ella estaba hablando.

Y era así, que es imagen la hermosura 45
de la sacra virtud encantadora,
como la imagen es del sol la aurora
cuando la niebla disipar procura.

Es la efigie más pura
de la naturaleza 50
la celestial belleza,
principio de los seres que alimenta,
por quien existen el placer y el gusto,
por quien el hombre venturoso alienta,
quien le enseña a vivir feliz y justo. 55

Brota la juventud tantas pasiones,
cuantos incendios el Vesubio arroja,
y al carmín de un reír que se sonroja
se enternecen los fríos corazones.

Ya no son sus acciones 60
orgullosas y vanas,
sino dulces y humanas.
Para lograr el pecho de hermosura
se torna amable, cariñoso y tierno,
que nadie ama la roca por lo dura 65
ni el áspero rigor del crudo invierno.

El joven en los brazos de su amada,
gozando sus suspiros y favores,
bebe mil gustos entre mil ardores
en celestial, dulcísima lazada. 70

El mundo se anonada,
entonces, a su vista
en tan bella conquista.
¿Qué son los lauros que el guerrero ostenta
bañado en sangre, de sudor cubierto, 75
al lado de la paz que amor presenta
al esposo feliz en triunfo cierto?

¡Ver unos ojos de placer brillantes
dirigir sus miradas con agrado
al hombre venturoso que han jurado 80

ser siempre fieles y adorar constantes!
¡Ver abrir purpurantes
unos labios hermosos
riendo de dichosos!
¡Engañar con risueñas ilusiones 85
las tardas horas sin amor perdidas!
¿Qué harían nuestros tristes corazones
privados de vosotras, oh queridas?

En vano ladra la infernal envidia
publicando defectos de las bellas, 90
su virtud y su amor oponen ellas
de monstruo tan horrendo a la perfidia.
Mil siglos ha que lidia
en eclipsar la aurora
la noche destructora, 95
y, por eso, no pierde sus colores,
ni deja de salir desde el Oriente,
dando vida a las plantas y a las flores
con sus rayos de luz resplandeciente.

Esos lunares que el engaño pinta 100
son relieves que adornan las hermosas,
y bellas, con espinas, son las rosas
que abril colora con celeste tinta.
Ni la luz es distinta
en un día nublado 105
que en un otro dorado.
Distingue al toro su afilado cuerno,
al águila soberbia su corona,
y a la amante mujer un pecho tierno
que ennoblece su ser y su persona. 110

Oda 2ª
A Rossini

¿Qué celestial encanto
discurre por mis venas?
¿A dónde huyeron las amargas penas
que me afligían tanto?
¿Qué embeleso me tiene alborozado, 5
en el placer nadando mis sentidos,
de júbilo arrobado?
¿Qué dulzura perciben mis oídos
de la música heridos?

Es natura que puso en armonía 10
cuantos objetos en la tierra cría.

Uniose el ronco trueno
al suave sonido
del río que desliza, dividido,
por el vergel ameno; 15
el continuo mecerse de los pinos,
de recios vendavales agitados,
a los sonoros trinos
del ruiñeñor, cantando entre los prados
del eco acompañados; 20
y el grande estruendo de la mar undosa,
al susurro de abeja vagarosa.

Así, juntos los sonos,
salió el feliz concierto
que extasía el pecho a la impresión abierto 25
de todas las pasiones.

En los bramidos de las olas fieras
se retrató el horror y los furores,
y en las dulces, parleras
alboradas del ave, los ardores 30
de fieles amadores;
así habló la armonía a nuestra alma
dándonos inquietud o grata calma.

Mas era indispensable
que algún genio divino 35
fingiese trinos mil en sólo un trino,
que este don apreciable
elevase hasta el cielo con su gusto,
y, saltando del arte la barrera,
al hombre más adusto 40
arreatase a la divina esfera
de su magia hechicera,
que en dos puntos trazase dos afectos
y que todos sintiesen sus efectos.

Tal lo quiso natura, 45
y desde el éter dijo:
«Nazca este genio, de armonía el hijo».
Y al momento, ¡oh ventura!,
nació Rossini. Dadme, dadme rosas
que desparza a dos manos en su cuna. 50
Ved sus palmas gozosas
batir la Europa con las artes a una,
ved suspender la luna
su fúlgida carroza por el viento,
de orgullo llena y ebria de contento. 55
¿Quién su expresión no admira

cuando, de amor llagado,
explica su pasión al dueño amado
y con placer suspira?
¿O quién, si más sublime se engrandece, 60
resiste a sus magníficos cantares,
o inciensos no le ofrece
de la noble invención en los altares?
Los sones a millares
se suceden y mudan en un canto, 65
y siempre dan al alma el mismo encanto.

A él fue dado, tan sólo,
copiar el estallido
del trueno aterrador, cuando encendido
retumba por el polo; 70
el bullir de las aguas que descienden;
el choque de dos vientos encontrados,
que opuestos se defienden
en los cielos de negro empavesados;
y el reír de los prados, 75
cuando la fiera tempestad se aleja
y en ocio blando sus rosales deja.

Celoso el triste Oteló
su venganza medita,
y en el furor su corazón se agita 80
sin encontrar consuelo.
La música también le sigue entonces,
la música habla más que sus acentos.
Siente el mármol y el bronce
oyendo los acordes instrumentos, 85
y, en aquellos momentos,
en cada espectador se ve un Oteló
que al verle participa de su anhelo.
Sentencian a Nineta
siete fieros tiranos, 90
y, al escuchar sus gritos inhumanos,
todo el pueblo se inquieta.

Circula el entusiasmo por el pecho,
hierva la sangre y, de coraje mudo,
ansía mirar desecho 95
aquel injusto tribunal que pudo,
de virtudes desnudo,
condenar la inocencia y la hermosura,
hollando los decretos de natura.

Aureliano en Palmira, 100
la infeliz Cenicienta,
y tantos partos que la Italia cuenta
y el mundo todo admira,

le conducen al templo de la fama,
do, ceñida de lauro la cabeza, 105
gloria inmortal le llama.
Allí Apolo, ostentando su grandeza
y juvenil belleza,
escribirá su nombre en letras de oro,
siendo aclamado del celeste coro. 110

Y jamás su memoria
dormirá en el olvido,
por más que un siglo al otro siglo unido
quiera eclipsar su gloria.
Siempre nuevas sus obras por hermosas 115
serán buscadas cual del gusto sello,
las jóvenes esposas
y el anciano, de nieve su cabello,
repetirán tan bello
y armónico cantar mientras existan 120
y los campos de flor su suelo vistan.

Eternamente mora
en el espacio Febo,
siempre es el mismo, nunca es otro nuevo.
De su primer aurora 125
lo ve ya el niño, y su esplendor le encanta;
cuando joven y anciano más le admira,
el tiempo se adelanta,
los siglos ruedan y, por siempre, mira
la triste edad que espira, 130
al sol hermoso derramar constante
tantos rayos de luz vivificante.

Oda 3ª
A la Primavera

Ya de una en otra peña alegre salta,
en líquidos cristales convertida,
blanca nieve que baja a dar la vida
a cuantas flores salpicando esmalta,
en ríos mil partida. 5
Ya convida el ruido de la fuente,
que en hilos de alba plata va cayendo
y el ánimo cansado adormeciendo
con el grato placer que el alma siente,
su dulce son oyendo. 10
Ya pululan las hojas en las ramas
del árbol que desnudo se veía,
ya puro brilla y luminoso el día,

y el sol enciende sus brillantes llamas
con pompa y alegría. 15

Ya canta el ruiseñor veloz volando
de rama en rama al nido de su esposa,
que al encuentro le sale cariñosa,
con regalada voz acompañando,
su piada amorosa. 20

Mil gratos cefirillos aparecen
que, bañando sus alas en el río,
van derramando su vital rocío
del árbol en las hojas, que se mecen
con denodado brío. 25

Y todo anuncia la feliz llegada
de la hermosa estación de primavera,
que otra vez resucita la pradera,
por el invierno crudo despojada
de su gala primera. 30

Salid, salid, zagalas, de la aldea,
salid con cestas a coger las flores
antes que el viento robe sus olores,
que audaz entre ellas su capullo oreo
ajando sus colores. 35

Ved el rojo clavel su broche abriendo,
del tierno tallo sostenido apenas,
sus hojas desplegar de esencia llenas,
en corona su cáliz convirtiendo
ya libre de cadenas. 40

A su lado el jazmín su nieve ostenta,
más hermosa entre el verde delicioso,
que su ramaje mágico y pomposo,
con variedad tendido, nos presenta
por el bosque frondoso. 45

Aquí la reina del vergel, la rosa,
de la sangre de Venus reteñida,
de su carmín y púrpura subida,
hace alarde vertiendo más preciosa
su pura olor de vida. 50

Salta el corzo veloz de amor llagado;
de las cabras el be los aires llena;
y atroz rugido de León resuena
entre riscos de monte no pisado,
que con su voz atruena. 55

El vendado rapaz mil flechas tira
en cierzo convertido o mariposa;
sus penas canta la zagala hermosa,
y resuenan las cuerdas de mi lira
en esta selva hojosa. 60

Oda 4ª
Al Invierno

Al fuego, amigos, que el sañudo viento
las copas bate del ciprés altivo.
Sin hojas el olivo,
el fresno y el abeto y otros ciento
anuncian la llegada 5
de la estación más cruda y más helada.
Cual tumbos se levantan
del encrespado mar las ondas fieras,
y montañas enteras
de espuma cubren y de blanco esmaltan, 10
rabiosas azotando,
cuantas rocas sus aguas van hallando.
Ya no ríen las rosas que encarnaba
el joven Mayo con celeste tinta,
ni Abril el prado pinta 15
con los grupos de flores que enlazaba,
cuyas hojas se vían
en espejos de fuentes que corrían.
¿No veis, no veis de nieve
tanto copo caer, que el suelo baña? 20
¿Cuál luce la montaña
y a deshacer el hielo no se atreve!
En tanto, forma el río
puentes de escarcha congelado y frío.
Cansado el sol retira 25
sus rayos relucientes de la esfera:
sin luz la tierra entera
llenos de obscuridad sus llanos mira,
y en su aprisco el ganado
sobre el vellón reposa sosegado. 30
Alrededor de un tronco,
cuyo fuego ilumina la cabaña,
la gente de montaña
se calienta al sonido duro y bronco
que componen los vientos, 35
sacudiendo del árbol los cimientos.
En pláticas sabrosas
entretienen las noches más tardías
y los fugaces días,
buscando al sol sus luces ardorosas 40
que al labrador abrigan
y la frialdad del céfiro mitigan.

Corre veloz la fuente,
sin duda huyendo del rigor del frío,
y, perdida en el río, 45
sus aguas de cristal helarse sienten:
al fuego, pues, corramos,
y a disfrutar de su calor vayamos.

Oda 5ª
Al Amor

Perdí por siempre mi delicia grata,
mi dulce libertad perdida lloro.
Dámela, amor cruel, que más que el oro
mi corazón la aprecia y que la plata,
pues ella es mi tesoro. 5

Quise, incauto, mirar el fuego hermoso,
hermoso al parecer de quien lo mira;
mi mano lo tocó, y ardiendo en ira
el pecho siento, cual volcán fogoso,
que mil llamas respira. 10

Yo me someto, oh Rey, cual prisionero,
rebelde no seré cual siempre he sido.
Sáname ora la parte que has herido,
¡ay!, sánala, y verás cuál te venero
y ser tu siervo pido. 15

Más quiero a Celia que a los ojos míos.
¿Qué más pretendes? Tu crudeza cese,
pues eterna oblación mi ardor te ofrece;
que si yendo a la mar crecen los ríos,
mi amor amando crece. 20

¿Y cada instante doblas mi atadura,
y al cuello débil fuertes grillos me echas?
Retira ya tu arpón, rompe tus flechas
y ponme lazos propios de hermosura
con que a algunos estrechas. 25

Oda 6ª
La inconstancia de la suerte

Ora mismo del sol los rayos bellos
doraban la montaña,
y diáfana con ellos
más hermosa brillaba la mañana.

Altivo el ruiseñor desde su nido 5
 piaba alborozado,
 y su cantar subido
 el eco repetía por el prado.
Un obscuro vapor humeando leve
 formó una blanca nube, 10
 que ya a cubrir se atreve
 la ancha cara del sol, que el cielo sube.
Huye la luz bellísima la esfera
 y, a pasos de gigante,
 la niebla se apodera 15
 del prado y la montaña en un instante.
Del mismo modo el cortesano brilla:
 mas la envidia se aúna,
 y cae de su silla,
 y es todo penas lo que fue fortuna. 20

Oda 7ª

Una niña dando las gracias a la Sociedad de Amigos del País

Orilla de una fuente,
 una paloma tierna y amorosa
 volaba blandamente
 cual la nieve de hermosa,
 cual el fuego en sus ojos ardorosa. 5
Yo la vi en una rama
 sus alas desplegar festiva y grata,
 sus niñas vi de llama,
 su piquito de plata
 y sus pies do la rosa se retrata. 10
Al verla tan resuelta
 y audaz lanzarse a la región del viento,
 y en su donosa vuelta,
 leyendo su contento,
 la dije así con natural acento: 15
«¡Oh, paloma felice!,
 tú, cuyos bellos ojos hablan tanto,
 tú, cuya boca dice
 amor sólo y encanto,
 mitiga un poco mi ferviente llanto. 20
La Sociedad gloriosa,
 que amiga de su Patria se titula,
 me espera generosa,
 y mi lengua estimula
 con premio tal que el corazón me adula. 25

La gratitud comprime
mi balbuciente labio a questo día,
y no puede... Mas dime,
¿cuanto yo la diría,
quieres decirlo tú, paloma mía? 30
Dirasle cuál palpito
y en honrosa ambición arderme siento,
y cuál también me agito
y con dulce ardimiento
late veloz mi corazón violento. 35
Dile de mis amigas
el tierno afecto y gratitud sagrada.
¡Mas qué vanas fatigas!
Tú mejor, ave amada,
te explicas sola que por mí dictada». 40

Oda 8ª
A una Señorita

Cantad, ninfas hermosas,
dulces himnos de amor y de alegría,
y flores olorosas
al manso viento dad en este día.
Tejed una corona 5
de mirto, de arrayán y de azucenas,
y, a quien mi voz pregona,
con aromas ornad a manos llenas.
Es hermosa Vitica,
hermosa cual la luz del fausto Apolo: 10
de gracias su alma rica
es más grande que el puro y ancho polo.
Flexible cual la cera
se imprimen en su pecho los amores,
y alegre y placentera 15
más viva es que los cierzos voladores.
Sus ojos son de fuego
y brillan cual dos fraguas encendidas,
y allí Cupido ciego
flechas despide al alma dirigidas. 20
Su labio de corales
le roba sus colores a la grana,
y no hay en los rosales
una tinta más roja y más ufana.
De aljófara son sus dientes, 25
menudos y tan blancos cual la plata,
que entre perlas lucientes

de nieve su metal allí retrata.
¿Y quién podrá la risa
dignamente pintar entre su boca? 30
El pincel se desliza
cual las aguas que baten una roca.
Es la gloria del prado,
y de hermosura y esplendor lo esmalta,
do fija el pie nevado 35
abierto su botón la rosa salta.
Mas cesa, osada lira,
cesa ya de cantar con rudo acento;
si Apolo no te inspira,
en vano empleas tu cansado aliento. 40

Oda 9ª
La Declaración

Ya no hay remedio: mi labio
rompe el temor que le aqueja,
rompe el silencio, bien mío,
que veces guardó diversas.
Quien ama cual yo, no puede 5
más tiempo tener la lengua,
que amores y amor pronuncia,
si una vez a hablar acierta.
Vente mis ojos, y al punto
un fuego al alma penetra, 10
que trémula y oprimida
se exalta y palpita inquieta.
A hablarte voy, a decirte
el corazón ansias tiernas,
y cobarde el labio calla 15
cuanto publicar quisiera.
Mas hoy que, atrevido amante,
un dulce valor me alienta,
juro, mi bien, que te adoro,
que tu amor mi pecho llena. 20
¡Ah! Si tú me oyeras fácil,
si a mi amor correspondieras,
mi fortuna no trocara
por una Real diadema.

Oda 10ª
La nueva Aurora

A la sombra sentada
de un hermoso nogal estaba un día,
de mirtos rodeada,
la pastorcilla mía,
del vendado Cupido en compañía. 5

El rapaz arrancaba
del verde tallo la fragante rosa,
al clavel la enlazaba
y al lado de mi Diosa
perdía su color la grana hermosa. 10

El sol sus rayos rojos,
oscuros viendo desde el laso polo,
quería de sus ojos
robar un rayo solo,
y ostentarse con él más bello Apolo. 15

Las fuentes sus cristales,
entre guijas, quebraban susurrando,
y a su son los zagales,
la zampoña tocando,
hacían resonar su acento blando. 20

Cuando Cupido, viendo
tal gozo y algazara en la pradera,
dijo a mi bien riendo:
«Mira, bella hechicera,
lo que causa tu cara placentera. 25

Mira cuál rompe el viento
su tierno broche a las galanas flores,
y destilan su aliento
y mágicos olores,
rindiéndote del alba los honores. 30

Las aves te hacen salva
cantando el himno de la luz del día,
que eres creyendo el alba,
y, lleno de alegría,
el campo de mirarte se gloría. 35

Los árboles se inclinan
saludando tus gracias, oh pastora,
los cierzos se avecinan
con ala voladora
y parias rinden propias de la aurora. 40

Tus luces, pues, retira,
y escondidas las ten allá en tu choza.
El escándalo admira
que da tu faz hermosa
tornando la mañana deliciosa». 45

Dijo el Dios, y, al momento
que entrambos de la selva se alejaron,
se ensañó el crudo viento,
los cierzos se volaron
y el lirio y el clavel se marchitaron. 50

Oda 11ª
Amor reina a todas horas

Nace la aurora, y al suave impulso
del ardor dulce que acalora al alma,
Amor revela sus misterios ciegos
entre los troncos de árboles sombríos
a millares de seres. 5

El sol enciende su brillante lumbre
y, de sus llamas el calor huyendo,
en grutas frescas y frondosos valles
envía inciensos a la hermosa Venus
el himeneo ardiente. 10

Apaga Apolo sus dorados rayos
en los cristales de la mar tranquila,
y el blando cierzo que refresca el prado
a unión convida, que en los altos nidos
las especies celebran. 15

Se viste el éter el cendal obscuro
que las tinieblas de la noche ostenta,
y entre su obscuro, nebuloso manto,
corrido el velo del pudor amable,
gozan hombres y fieras. 20

Así recibe cuanto dura el día
y cuanto duran las nocturnas nieblas
mil oblaciones el amor tirano,
y no hay una hora ni un momento sólo
que suyo no se diga. 25

Silvas

En un rompimiento

¿A quién no vence con su brillo el oro?

Vende la madre el néctar de su pecho
al hijo ajeno de oro vil sedienta,
en tanto que, de pajas sobre un lecho,
el suyo apenas de desmayo alienta, 5
el suyo que dio a luz con mil dolores,
que engendró de la sangre de sus venas
entre dulces amores,
y que sería un bálsamo a sus penas.
Al hombre vende el hombre 10
cual una res en público mercado,
y de esclavo ruin, o libre honrado,
también el oro distribuye el nombre.
Más fiero monstruo no hay en el abismo:
por él de la hambre y de la sed forzado, 15
rabioso y despechado,
se vende el hombre mísero a sí mismo.

El oro.... ¿Pudo en ti, Celina, ahora,
mudar un corazón donde brillaba,
más puro que el aliento de la aurora, 20
el amor que tu lengua me juraba?
Un coche de marfil, un tren brillante,
las armas son de mi rival felice:
su mágico esplendor cegó tus ojos,
llevando por despojos 25
la fe que me ofreciste en otros días.
¡Con qué mentidos tus halagos eran
y tus besos picadas de la abeja,
que su veneno deja
clavando su aguijón en cuanto toca! 30
¡Y cuando me estrechaban tus abrazos
y tus labios se unían a mi boca,
eran aquellos lazos
donde el deleite reimprimió su sello,
los nudos con que ahoga la culebra 35
enroscándose el cuello!
¡Y tal fealdad oculta un rostro bello!
¡Dichoso aquél que, de tu vista lejos,
no vio tus negros ojos rutilantes
con lascivo mirar buscarle amantes 40
ni vivió con la luz de sus reflejos!
¡Desgraciado de aquél que oyó tu acento,
que el ruiseñor más dulce y más canoro,
que observó tu rosada tez atento
y prendido quedó en tus hebras de oro! 45
Tú me viste encendido, arrebatado,

por la grata ilusión de una mirada,
de deleite temblar todo agitado
al tenerte en mis brazos estrechada.
Yo sentí palpar tu amable seno 50
blandamente a la par de mis sentidos,
y, de placer y ardor el pecho lleno,
agitarse tus orbes conmovidos.
Entonces, de tus labios nacarados,
que vertían la esencia de la rosa, 55
embelesado oí el nombre de esposa,
más dulce para mí que el son suave
del manso viento dando entre las hojas,
y más que el vuelo rápido del ave
que ufana luce al sol sus plumas rojas. 60
¡Oh Celina! Y cuando amor su copa hermosa
nos daba en una noche silenciosa,
en vez del gozo que beber creía,
¿solamente amarga perdición bebía?
¡Infeliz!, que ora por el campo corro, 65
preguntando a los vientos,
al río y a los árboles frondosos
dónde están tus pasados juramentos.
Nada me dicen, y penetro al bosque
que acostumbrabas visitar conmigo, 70
y afligido las huellas mismas sigo
que solías seguir. Aquel castaño
cuyo ramaje a descansar incita,
el sauce aquél que trémulos sus brazos
y lagrimosos sin cesar agita 75
en silencio, me acuerdan las caricias
que me hiciste gozar aquí a su sombra,
siendo la muelle grama nuestra alfombra,
la grata soledad nuestras delicias.
¡Oh, nunca tal placer gozado hubiera 80
huyendo cual la sierpe tus encantos!
¡Nunca mis ojos a mirar volviera
en tu nevada faz hechizos tantos!
Por beldad que no ha visto, ¿quién suspira?
En su pequeño búzaro cerrada 85
es la brillante perla despreciada,
porque escondido su esplendor no admira.
¡Y qué! ¿Verá la vid sus dulces uvas
en ajeno árbol, el peral su fruto
sin clamar por venganza a las estrellas, 90
sin llenarse de horror, de triste luto?
¿Veré yo en otros brazos, oh Celina,
las gracias que estuvieron en mis brazos,

sin implorar la cólera divina
contra quien forma tan tiranos lazos? 95
Lo veré, falsa: que el honor injusto
mis labios cerrará con cien candados,
y el mundo adora su execrable busto.
¡Funesto honor! Tus leyes aborrezco,
leyes de maldición en sangre escritas 100
con que engañoso al crimen precipitas
a dorar con palabras la falsía.

Por ti, impostor, con rostro indiferente
tendré ya que mirar desde este día
a mi esposa, mi amor, la gloria mía, 105
la que de mirto ornó mi altiva frente.

¡Y todo se acabó! ¡Y el cielo pudo
trocar un pecho de maldad desnudo!
Cubierta de diamante y de perlas,
y en perfumes arábigos bañada, 110
evitarás mi vista y mi presencia
de tu Adonis esposo acompañada.
Una misma Ciudad nos da su asilo
y morada a los dos, de un mismo campo
gozamos el riquísimo tesoro, 115
y, bello, un mismo sol desde su lampo
nos derrama su luz en hilos de oro;
y, eterno, un valladar mi dicha impide
cual de Ocaso a los reinos de la aurora
y cual del negro mar do el indio mora 120
al ruso helado do el horror reside.

Adiós, corre al altar donde te llama
el esclavo interés, la vil codicia,
pero no esperes encontrar delicia
en unos lazos que el averno trama. 125
Al encender su antorcha el himeneo
verás salir, en vez de luz hermosa,
funesto humo que, en nubes convertido,
cubra el sagrario con su niebla odiosa.
Quédate a Dios, de otro mortal esposa, 130
contigo queden las promesas falsas,
los suspiros mentidos
que estos mares oyeron suspendidos.
Míralos encrespar ora sus ondas
murmurando tu negra alevosía, 135
y darte en rostro la constancia mía
sin que a sus justas réplicas respondas.

¡Ay!, que mi corazón en este instante
se rompe de dolor. Tu imagen bella
juzgo tener delante 140

y aun mi esposa reconozco en ella.
Deja que por la vez postrera llore,
que los encantos de tu risa admire,
que en tus ojos del sol la lumbre mire
y que oyéndote hablar tu labio adore. 145
¡Ay!, déjame llorar, ésta es la ofrenda
última que podrá mi pecho darte,
cuando la muerte sobre mí se tienda
y del horror de este lugar me aparte.
Si el polvo frío en el sepulcro siente, 150
todavía amaré bajo su losa
la que agitó mi pecho dulcemente,
la que mil veces se llamó mi esposa.

El Sí

¿He oído bien, Celina? ¿Ha pronunciado
un delicioso «sí» tu hermosa boca,
y mi pasión el término ya toca
tantas veces y tantas suspirado?
Abre segunda vez tus labios bellos, 5
tus dos graciosos órdenes de perlas,
y recoja yo en ellos
el dulce «sí» que se escapó a tu lengua.
¿Lo has dicho? ¡Oh, qué placer! Mi alegre pecho,
al grato acento de tu voz deshecho, 10
de júbilo palpita y alegría,
sale de su lugar, que vino estrecho
a tanta gloria, y ebrio en este día
de gusto en gusto salta
hasta la cumbre del placer más alta. 15
¿Mío su corazón? ¿Celina mía?
¡Oh milagro de amor! ¿Es ésta aquélla
tan altiva cual bella
que a mi doliente suspirar reía?
¿Es ésta aquélla cuyo pecho entonces 20
competía en dureza con los bronce?
Otra, una otra era esa beldad tan dura;
no era, no era Celina,
que fina respondió a mi afecto y pura,
tan pura cual cristal, cual oro fina. 25
¡Venció el amor! ¿Y quién su voz resiste?
Tu dulce languidez, tus muertos ojos,
hoy me ofrecen cariños, y no enojos,
y en sus niñas tu afecto retratando
de tus labios están el «sí» aprobando. 30
No ya cruel retirarás tus brazos,

huyendo desdeñosa mis abrazos;
los tenderás al cuello
y, buscando tus labios a los míos
cual buscan a la mar los claros ríos, 35
al pecho amor imprimirá su sello.
Tú, afable y cariñosa
cual del viento a los soplos lo es la rosa,
apurarás la copa de delicias
que brindan el deleite y las caricias. 40
 ¿No ves cuál ríe el tiempo venidero
de esperanzas orlado,
de nuestra dicha celestial traslado?
Vendrá la aurora con su luz dorando
de los montes la cumbre, 45
y al primer rayo de su hermosa lumbre
iré a las selvas a mi bien buscando.
No ya triste saldré cual muchas veces
llorando tu esquivez, tu torvo ceño,
que otros placeres con tu amor me ofreces, 50
con tu cariño dulce y halagüeño.
 ¿Sabes, sabes, Celina,
cuánto vale el sentir un noble afecto?
¿Cuántos gustos la suerte nos destina?
Oiré suspirando tus suspiros, 55
feliz te miraré reír riendo,
y, en tus gozos los míos recibiendo,
tú el espejo serás de mis acciones.
 ¿Y esto ha podido un «sí» que veces tantas
rehusaste pronunciar? ¡Que tantas horas 60
y tan bellas auroras
nos robó entre tus labios detenido!
Mira ahora que de ellos ha salido,
cual si vuelvo los ojos,
me llevo tus amores por despojos, 65
y si ríe mi boca, qué sonrisa
la tuya torna a mi amorosa risa.
 Así, rondando el viento
en torno de las flores,
le vuelven mil olores 70
por mil besos que él da.
 Así, colores ciento
tornan al alba hermosa,
porque su broche ansiosa
abriéndolas está. 75

Ya de verde arrayán la sien ceñida
vuelvo a pulsar la cítara de plata,
cantando de una ingrata
hija de amor la crueldad vencida.
En la cumbre más alta del Pirene, 5
cuando reluzca el sol del medio día
y la mar duerma en calma,
henchido de alegría,
reuniré bajo un árbol mis amigos,
y rosas derramando a manos llenas, 10
«sed -les diré- de mi placer testigos:
premió Celina la constancia mía».

Yo la vi más hermosa
que una naciente rosa
cuando el abril colora la pradera. 15
La vi la vez primera
bajo el frondoso Plátano sentada
que da sombra a la fuente de Cibeles
con su hojosa y tendida cabellera.
Junto a ella, cien claveles 20
crecían en sus tallos,
cien veces menos rojos que su boca;
de una enyedrada roca
se lanzaba la espuma de otra fuente,
y la vi menos pura y menos blanca 25
que su alma tez y alabastrina frente.

¿Qué entonces pude hacer? Cedí rendido
a la brillante luz de aquellos ojos,
que se llevan las almas por despojos
do el vivo sentimiento está esculpido. 30
Mi amor la dije, y ella huyó ligera
al punto de mi lado.
Testigo el río fue, la selva, el prado,
de mi continuo lloro:
yo regué triste sus arenas de oro, 35
yo en su orilla mil veces recostado,
oprimido mi pecho con la pena,
mordía mi cadena.
Corrí, la supliqué, mi justo ruego
en bárbaro despecho 40
y en rabia la encendía,
y aquella cara, afrenta de la rosa,
donde el sacro pudor resplandecía,
por instantes se vía
en vivas llamas encendida y tinta, 45
cual los colores con que Febo pinta

el cielo reluciente
al lanzarse en la mar del Occidente.

Una vez y otra vez cortado había
el segador por julio las espigas, 50
y, cual la nieve fría,
a mi pasión Celina se mostraba.
Del corazón la llaga se aumentaba
y, contagiando al cuerpo su veneno,
gemía todo de dolores lleno. 55
¡Cuánto sufrí! Las hayas
y los robles más duros,
al oírme llorar, también lloraron,
y escuchando mis males se ablandaron.
Ya, en fin, cedía triste 60
a mi crudo destino,
y abierto mi sepulcro me enseñaba
la desesperación con torvo rostro,
cuando, mi vista al campo revolviendo,
mil objetos pasmado fui advirtiendo. 65

Yo vi de mármol una fuerte peña
deshecha por el agua que cayendo
gota a gota de lo alto la filtraba.
Yo vi cual se doblaba,
del peso de los años abrumada, 70
una soberbia encina
que se miró del viento atropellada,
y, siempre victoriosa,
sus furiosos burló verde y pomposa.
Yo vi ceder sus nieves el invierno 75
y, en líquidos arroyos convertidas,
dar a la selva flores,
frutos al árbol y al vergel amores.
Vi también pulular la tierna yerba
del nuevo año en los primeros meses, 80
y la vi en rubias mieses
tornarla junio con sus rayos de oro.

A tan sagrado aviso de natura
no osó un instante resistir mi pecho,
dos veces incliné en amor deshecho 85
mi frente al suelo con la fe más pura
y, mil flores quemando,
fui sus leyes sagradas venerando.

«¡Oh Celina! -exclamé-, de hoy más la llama
que vive en mis entrañas escondida 90
formará mis placeres
o las amargas penas de mi vida.
Yo siempre te amaré, mi labio amigo

pronunciará tu nombre solamente,
y el corazón ardiente 95
sólo la dicha gozará contigo.
Un día llegará en que tú, rendida
a mi constante afecto,
orles mis sienes de laurel hermoso
y en tus brazos exista venturoso». 100
Llegó ya, amigos, se juró mi amante;
el río oyó su sacro juramento,
y suspendió al instante
su grave son por escuchar atento.
Ved sacudir los árboles sus ramas 105
mi victoria cantando
y al bello sol lanzando
con mayor majestad sus vivas llamas,
ved reír la pradera,
susurrar los arroyos, 110
y, alegre y placentera,
trepar al alto monte la cordera.
Así, lloviendo luces,
abre la aurora el nacarado oriente,
y, pintando los cielos 115
de oro y azul y grana,
aparece riendo la mañana.
Sus adornos se visten los rosales,
las fuentes sus cristales,
que antes dormían, desatando juegan, 120
y en todas partes reina la alegría,
imagen celestial de un nuevo día.
¿Qué entonces las tinieblas de la noche
valen ya y sus horrores,
cuando caídos por el suelo estaban 125
los tallos de las flores?
Del alba luz la célica victoria,
al disipar la obscuridad nociva,
destruye su memoria
y hace que sola la alegría viva. 130

El cuarto de Celia

¿Es éste el cuarto do mi bien habita?
¿Es éste el tocador donde se adorna?
He aquí el corsé divino que contorna
su talle delicado,
ésta es la gasa donde amor ocultos 5
con arte encierra dos hermosos bultos,

aquéllos son sus guantes,
aquéste su vestido nacarado
con el cual yo la vi la vez primera,
cuando quedé por el amor llagado, 10
cuando ella se juró mi prisionera.
Mas, ¿Celia dónde está? ¿Dónde se encuentra?
En su alcoba reposa mi querida,
en su lecho feliz yace dormida.
Veo su faz con el calor hermosa, 15
cual en abril la rosa,
su pechito inocente palpitando
que poco a poco se levanta y baja,
quizá de alguna pesadilla herido
que de sus sueños el placer ataja. 20
Mas tú duermes, tú robas a la vida
estas horas, en tanto que yo velo
y compro mi consuelo
a costa del reposo que tú gozas.
Aquesa dulce calma, 25
espejo fiel de tu alma,
la frialdad de tu pasión publica.
No, no duerme quien ama,
sólo bebe pesares y tristeza:
el ardor que le inflama, 30
contino abrasa su dañado pecho.
Levanta, mi adorada, de ese lecho,
no perdamos las flores que derrama
el amor este día.
¿Cruel, no me oyes? ¿Y podrá ese sueño 35
robarme mi alegría,
privar mis brazos de su amado dueño?
Oh Celia, que te pierdes, no conoces
los preciosos momentos
que huyen tras juventud cual presto rayo. 40
¿Qué es el mundo? Inocente, entre cadenas,
cual otras, te condenas
al fiero parecer, a mil engaños.
Así pasan los años,
se eclipsa la beldad, y los placeres 45
los convierte un tirano
en precisos deberes,
y en oprobio de amor compra una mano.
No hay más ley que el amor: a amor le agrada
un pecho libre que si da delicias, 50
son sabrosas caricias,
de gustos hermosísima lazada.
Despierta, Celia, el corazón mil vuelcos

dándome está de gozo,
en tu estancia dichosa me alborozo, 55
tú sola faltas al contento mío.
No temas, quien te adora
no es capaz de faltar a su promesa;
no temas, mi señora,
que quebrante mis firmes juramentos. 60
Pero, ¡oh Dios!, la suerte
me separa de ti, ya oigo ruido.
¿Cuándo, objeto querido,
podré sin sustos ni recelos verte?

A los expósitos

Con motivo de la subscripción hecha por varios señores de esta ciudad para mantenerlos

«Mi atributo mayor es dar sustento
a cuanto ser mi Omnipotencia cría,
pues que goce el mortal la gloria mía
y de sus venas salte su alimento.»
Dijo natura así, y en dos veneros 5
brotó del pecho femenil el néctar
que, al nacer a la vida,
ansioso busca el tiernequito infante,
que es su único manjar y su bebida.
¡Oh, qué placer! Ver a la hermosa madre 10
cuál de su propia sangre se desprende
y, con aquel aliento que se quita,
al nuevo aliento de su hijo atiende.
Sólo un Dios inspirar al alma pudo
tan noble y generoso sentimiento, 15
haciéndole bajar desde el Olimpo
a dar la vida al mundo y el contento.
¡Bien haya aqueste Dios! ¡Bien haya el día
en que, alzado al igual de las estrellas,
en alas del amor y la alegría 20
vieron su tierno corazón las bellas!
La tierra, agradecida
a tan inmenso don, rindió a sus plantas
cuantos tesoros en su seno anida.
En sus labios vertió el olor la rosa 25
y en la alba cara sus colores rojos,
el sol la lumbre trasladó a sus ojos
y dio al cabello el oro de sus rayos.
De entonces se adoró, cual una Diosa,
a la humilde beldad, y ufano el hombre, 30

al incensar su imagen soberana,
«ved, ved -decía-, el misterioso origen
de do la vida y subsistencia mana.
He aquí de la generación humana
el oriente feliz. Venid, mortales, 35
y ante su altar glorioso confesemos,
que a la luz de sus niñas celestiales
nuestro existir dulcísimo debemos».

Y esta gran obra de la eterna mano,
y este ser tan sensible y virtuoso, 40
¿pudo tornarse en la sangrienta fiera
que hoy es oprobio de la especie entera?
¿No oís, no oís los míseros vagidos,
el triste suspirar y amargo llanto
de tantos inocentes desvalidos 45
al horror entregados y al espanto?
Su impía madre de virtud desnuda
los dio a luz de las nieblas protegida,
y, apenas disfrutaban de la vida,
expuestos los dejó a la muerte cruda. 50
El hambre, la miseria,
el luto, la orfandad y el abandono,
en esas frentes do el dolor se ciñe,
tuvieron siempre su execrable trono.
¡Ay! Que nunca escuchará su oído 55
el dulce nombre de querido hijo,
ni en la madre su tierno rostro fijo
verá el contento a la delicia unido.
Maldición, maldición a la insensible
que los lazos rompió más sacrosantos, 60
que abandonando sus entrañas mismas
a dolor condenó mortales tantos.
La niegue su verdor la fértil tierra,
la hermosa fuente su cristal retire,
do quiera monstruos y tinieblas mire, 65
acerbos lutos y funesta guerra.
¿Dónde huirá? La imagen de su crimen
sus pasos seguirá por todas partes,
en todas partes oirá cuál gimen
los tiernos, infelices angelitos, 70
y cuál sus tristes gritos
su pecho duro y criminal oprimen.
Confundida verá la tigre hircana
estrechar sus hijitos a su seno,
y, sensible a las leyes de natura, 75
arder su corazón de amores lleno.
Verá la osa sangrienta

y la soberbia, líbica leona
cuál al amor de madre se abandona
y sus pequeños hijos alimenta. 80
Inferior a las fieras en ternura,
execración y escándalo del mundo,
en vano alzarse del horror procura
do le sumió su bárbaro delito.
Sí, que a un niño inocente, 85
cuyos hombros pudieran de la Patria
el templo sostener, lanzó a las puertas,
al borde mismo de la tumba fría,
que a devorar la humanidad abiertas
contempla con pavor el alma mía. 90

¿Y bastante no es ya su triste llanto
y la horrible miseria que los cubre
para añadir el hombre a duelo tanto
su cruda indiferencia?
-No, niños, no temáis, que abre sus brazos 95
la tierna compasión en este día,
y, alzando del oprobio vuestras frentes,
derrama por vosotros su ambrosía.
¿No la veis? Sus benéficas miradas
do quiera tornan el amor, la calma, 100
y del placer y el júbilo animadas
el júbilo y placer le dan al alma-.

-No temáis, si unos monstruos horrorosos
pudieron entregaros a la muerte,
hoy un tropel de seres generosos 105
sobre vos dulces beneficios vierte.
Ya no cruel os ahogará en la cuna
hambre voraz o pálido desmayo,
que ya asoma de amor hermoso un rayo,
nuncio feliz de celestial consuelo. 110
¿Pudiera sordo el cielo
no atender vuestras lágrimas amargas,
vuestrós clamores desoír injusto?
Él inspiró los nobles corazones,
y, bañados en llanto de ternura, 115
a obedecer corrieron de natura
las dulces y halagüeñas sensaciones-.

Segundos días de doña Concha...

¿Es el sol, es el sol que abre de Oriente
las puertas de cristal resplandeciente?
¿Son sus rayos que doran la montaña,

su luz la que la baña?

Él es que sube el cielo proclamando 5
de ti, Conchita, el venturoso día,
el instante feliz en que naciste
a formar mi ventura y mi alegría.
¡Oh!, nunca tan hermoso y placentero
le he visto yo salir del Océano, 10
ni cuando agosta rosas en verano,
ni cuando hielos rompe en el invierno.
Hoy es más bello su color dorado,
su cara más graciosa,
más fúlgido su rayo y nacarado, 15
y su luz más preciosa.

Así celebra tu natal felice
sus tesoros más ricos ostentando,
y al mundo dichas y placer predice
de oro y nácar su manto desplegando. 20

¿Hoy es tu día? ¡Oh, qué de gustos siento
poblar mi corazón en este instante!
Hoy naciste, y contigo mi contento
nació a la par, nació mi dulce amante.
En tanto que tendido en mi cunita 25
mis primeros vagidos exhalaba,
¡quién me dijera que a la luz Conchita,
oh Dios, su madre afortunada daba!
La daba a luz, y en mi niñez posando
la aurora celestial no bendecía, 30
la aurora de este día
que tantos bienes para mí criaba.

Si hubiera de mi cuna
visto tu cara bella,
desde la aurora aquella 35
te amara el corazón.

Mi alma y mis ojos a una
te hubieran proclamado
su único dueño amado,
su norte y su razón. 40

Una misma ciudad nos encerraba,
un mismo sol su resplandor nos daba,
¡y vivían extraños nuestros pechos
para ser uno por los cielos hechos!

¡Cuántas y cuántas veces, 45
en los brazos ajenos recostado,
en mis tiernas niñeces
por tu lado, mi bien, me habrán pasado!
Y no habrá palpitado
mi pechito inocente 50

que tanto y tanto amor ahora siente.
Si hubiera entonces mi razón tenido,
si hablar mi lengua conseguido hubiera,
tu amor tan sólo mi lenguaje fuera;
levantando mi tierna manecita 55
hubiera señalado a mi Conchita
diciendo que te amaba,
que en ti mi dicha y mi placer cifraba.

De la niñez el llanto
desparecido hubiera, 60
propicio a mí riera
el niño, ciego Dios.

Y nosotros en tanto,
para mayor fortuna,
en una misma cuna 65
viviéramos los dos.

Aquellos días de niñez perdidos
hoy sean por nosotros redimidos,
celebremos, dichoso, de tu vida
el momento más bello, oh mi querida. 70

¿No ves, no ves cuál brinco de contento,
cuál se espacia en mi pecho la alegría?
Mi Conchita, mi amor, delicia mía,
instante más feliz nunca he gozado,
tu blanca mano al corazón me aplica, 75
sentirás presurosos sus latidos,
su agitación de mi placer indica
el torrente, el gran gozo que me inunda.
¡Oh!, si pudiese, mi tirana hermosa,
cual un reloj deshecho, 80
pieza por pieza descubrir mi pecho,
¡cuántos amores para ti hallarías!,
¡en él cuántos cariños leerías!

Cada hoja de la rosa
exhala un nuevo olor. 85
Cada parte del pecho
tiene escrito un amor.

Mi corazón es tuyo,
mi placer y mi bien,
y el aire que respiro 90
lo debo a ti también.

¿Oyes el himno que las aves cantan
formando un celestial, divino coro,
con su piar canoro?
Las alabanzas son de tu hermosura, 95
elogios son debidos a tus gracias
y a tus dotes, de tu alma a la ternura.

¿Los oyes, oh Conchita? Pues uniendo
con ellas la voz mía,
mil años te deseo, mil placeres, 100
una eterna ventura y alegría.
Siempre fresca y lozana
existas cual la flor de la mañana.

Del amor en los brazos,
al año venidero 105
nos ría placentera
aqueste mismo sol.

Yo goce tus abrazos,
tú en juventud eterna
vivas siempre más tierna 110
que el bello girasol.

La Mañana

¿Y no despiertas, mi Celina amada,
al himno universal con que a la aurora
saludos da la tórtola canora,
el céfiro, la fuente y la cascada?
Deja el lecho, fugaces se deslizan 5
las horas del placer que amor señala,
y el vaho del vivir veloz se exhala
sin nunca ya tornar después de huirse.

¿No ves ardiente al céfiro besando
con su soplillo blando 10
los hermosos cogollos de los sauces,
y su librea nacarada, hermosa,
la simple mariposa
al aire poco a poco desplegando?
¿Oyes la abeja con su dulce trompa 15
que, enantes que la flor su broche rompa,
con continuo vagar la ronda alegre,
y robando su esencia más preciosa
la lleva a su panal y allí reposa?

Todo ser en acción sus miembros pone 20
adorando la luz del claro día,
ponlos, pues, tú también, pastora mía,
y embellezcan tus ojos la mañana.
Mira el vivo matiz que los tapetes
de flores engalana, 25
el rico tulipán su cerco hermoso
abriendo vanidoso,
y el nevado jazmín entre sus ramas
de verde desmayado reluciendo

y su aroma subido despidiendo. 30
¡Qué olor tan bello la nariz regala!
Ya la azucena, afrenta de la plata,
copos de nieve al vivo nos retrata,
y sobre el tallo tierno
se mece con los besos que en sus hojas 35
imprime el cefirillo.

Con noble majestad sus frentes rojas
levantan a los cielos los claveles,
y el ambiente embalsaman
perfumando los campos y vergeles. 40

¿No ves, no ves la reina de las flores,
de Gnido gloria, la purpúrea rosa
rodeada de amores,
que codician su olor para una hermosa?
Ella dio su color cuando natura 45
tiñó tus labios con su grana pura.
Dale un beso no más, que bien merece
su belleza besar tu dulce boca
y, entre las gracias que el amor convoca,
la primera beber tu hermoso aliento. 50
Dale un beso no más, y luego el cielo
de su existencia doblará los soles,
y esta parte de ti su firme apoyo
y su escudo será, y el cierzo leve,
que travieso y fugaz sus hojas mueve, 55
humilde encogerá sus tiernas alas
el sol ardiendo sin ajar sus galas.

Brota el agua del centro de una roca
y a otra roca enyedrada se despeña,
y así, de peña en peña, 60
saltando va espumosa a la enramada.
Bajar la escucha la dormida fuente,
y sus caños de plata desatando,
desliza retratando
cuanto encuentra al pasar en su corriente. 65
Su espejo fiel, purísimo convida
y brinda al labio sus cristales bellos,
y, mirándose en ellos,
las zagalas sus gracias aderezan
con una flor que cortan por su mano, 70
con un rizo que tienden por su frente,
y entre el mirto escondidos sus amantes
una dulce emoción su pecho siente.

¿De do tan bella, celestial mañana,
abriendo vienes a la luz las puertas? 75
¿De do tanto placer tu dedo mana,

belleza tanta y esplendor tan puro?
Yo te amo, que probando está mi pecho
mil dulces sentimientos y recuerdos.
¿Y pudo haber un día 80
en que, sumido entre letargo y sueño,
mis sentidos negase a los placeres,
a la viva expresión y gratas ansias,
que imprimen tus bellezas en los seres?
Salve, salve, del día primavera, 85
dulce imán que despiertas las pasiones
y, encendiendo de amor los corazones,
tal los derrites cual al fuego cera;
mil veces salve, eternas horas vive,
y de mi amor la admiración recibe. 90
¿Y tardas, oh Celina? ¿Y embotada
tu mente por el sueño no contempla
la soberbia llegada
del rubicundo sol del mar saliendo?
¡Qué ráfagas preceden a su vista! 95
¡Qué desgarrada lista
de colores se esparce por el éter!
¡Cuál huyen las tinieblas, apremiadas
unas de otras, y en humo desaparecen!
Cantad, alondras, que su imagen veo, 100
a una hostia símil de centellas llena,
purísima y serena,
subir la esfera con su luz ardiendo.
¡Qué tren, qué gala tan soberbia ostenta!
Los próceres se doblen humillados, 105
suenen los ríos, suene la cascada,
y en debida oblación de su llegada
sus perfumes destilen estos prados.
¿Qué la vista admirar en tanto objeto
que de golpe se ofrece por do quiera? 110
Este hervor general, este secreto
bullir del alma, y el delirio ciego
que, inflamado de fuego,
en gozo universal enciende el pecho,
el labio anudan y de pasmo llenan; 115
y desde el cedro más altivo y bello
hasta la humilde y despreciable malva,
con su mecer continuo le hacen salva
adorando el influjo que los cría;
y de la garza que los cielos toca 120
hasta la torpe boca
del grillo, despacible le saluda.
¿Y sólo el hombre desconoce el precio

de la incesante luz, del aura hermosa,
que respira la aurora deliciosa? 125
Mísero aquél que, el corazón loando
a la expresión del vivo sentimiento,
nunca probó el placer ardiente y puro
que pruebo este momento.
Su alma inflexible y cual la nieve fría, 130
el llanto hermoso, el llanto de ternura
jamás probó, que el hijo de natura
sensible prueba al vislumbrar el día.
Tú que sabes amar, tú, cuyo pecho
de cera fácil hecho, 135
de placer en placer llevar se deja
cual del prado al vergel la hermosa abeja,
sal al campo, que vuela la mañana,
y mil flores se agostan y mil rosas.
Vendrá la tarde y llegará tras ella 140
los campos a enerar la noche triste.
¡Ay!, que su imagen bella
no es la imagen risueña de la aurora
que afectos acalora
y la copa nos brinda de delicias. 145
Y pasarán; y nunca ya tornando,
y este día a otro día eslabonando,
compondrán la cadena
que el fuerte brazo romperá del hado,
término a que la suerte nos condena. 150

La Guerra

Al hermoso dormirse de la tarde

del héspero en los brazos reclinada,
cuando llena de aromas la enramada
con los rayos de luz postreros arde,
cuando ráfagas mil puras y varias 5
tiñen el cielo de colores bellos
y goza una emoción el alma en ellos
que la extasían y elevan sus ideas,
iba yo revolviendo en mi memoria,
por un bosque cerrado de altos pinos, 10
los grandes nombres que escribió la historia
en el libro inmortal de los destinos.
La ilustración que les debió la tierra,

las luces y virtudes que sembraron,
compensaban los males que en la guerra 15
con sangre escritos y con hiel dejaron.

«¡Oh destino feliz de héroes! -decía-,
¡qué importa que os encubra ya la tumba,
si el eco de la gloria en torno zumba
y se estrellan los siglos en sus ecos! 20
De esos mármoles huecos,
inmortal vuestra voz al mundo clama,
el mundo la oye y, al valor alzando
altares sobre altares,
os invoca sus Dioses tutelares. 25
Sombra del Macedón, tú, cuyo acero
hermoso cual el sol brillaba un día,
en tanto que en tu grande pecho hervía
la insaciable ambición de noble gloria,
tú que ataste con rosas la victoria 30
detrás del carro vencedor de Marte,
¡salud mil veces! ¡Quién cortar pudiese
una rama tan sólo a tus laureles
y con ella de honor su sien vistiese!
Mísero a mí, en la obscuridad nacido, 35
no me es dado trepar al alto templo
do tu nombre ha subido
ni seguir tus hazañas y tu ejemplo».

En tales pensamientos embebido
senteme de un castaño sobre el tronco, 40
apoyando en la palma de mi mano
mi rostro triste a su placer caído.
Silencio eterno dominaba el prado,
sólo la yerba se mecía a trechos,
y, juguete de amor los sauces hechos, 45
formaban un susurro compasado.
Cuando me hirió el oído
de un ropaje flotante el movimiento,
semejante al ruido
de una nube de polvo que alza el viento. 50
Vuelvo los ojos y, azorado, veo
un joven cuya cara deslucía
la cara de la luz del medio día.
Airosa su estatura y, cual la nieve,
su vestidura leve 55
por el aire ondeaba desplegada.
Mi lengua a mover voy y encadenada
pronunciar las palabras no podía.
No era temor, veneración tan sólo
manaba de su rostro refulgente. 60

Ya, por fin, más osada,
andar lograba la indecisa planta,
y él, dándome su mano,
«tente -gritó-, no soy ningún tirano.

Oh vates, oh vosotros, cuya lira 65
de siglo en siglo en Helicón sonando,
cantar consigue con su plectro blando
los grandes hechos que la tierra admira,
vosotros que de oliva circundada
mostráis al orbe vuestra altiva frente, 70
tomad la lira; vuestro ejemplo aliente
el son humilde de mi voz cansada,
y cantando el destino de aquel día
hienda los aires hoy la musa mía.

El genio soy del bien y de la vida, 75
no tiembles. Tiembla que el Averno aborte
esa raza de horror aborrecida,
los héroes que invocabas de su corte.
Hombre de maldición, ¿será que osado
tu labio invoque resplandor del mundo 80
al hombre cuyo brazo furibundo
cubrió de luto el universo entero?
¿A aquél que hundió en el Polvo de la nada
una generación y mil tras ella,
y ahogó en su cuna la esperanza bella 85
de ver la tierra por la paz poblada?
Sed de sangre enardece a los humanos,
la paz, la dulce paz, los tiernos lazos
de tenderse unos brazos a otros brazos
y vivir disfrutando cual hermanos, 90
no son dones que precien los tiranos.

¿Qué bienes reportó a la triste tierra
ese enjambre de nombres sanguinarios
que el mármol en sus cóncavos encierra
y perfuman mil viles incensarios? 95
Ya sin ellos, con lazos fraternales
unidas las naciones reirían,
la vida y el amor poblando irían
el campo alegre con su aliento hermoso.
Mas la peste soplaron y el veneno 100
por el mundo infeliz sus fieras bocas,
la peste y el veneno respiraron
los hombres, los sembrados y las rocas.
Ni los tiernos vagidos de los niños,
ni los blancos cabellos del anciano 105
pudieron contener su impía mano
regando en sangre los hogares santos.

Cayó la virgen a su amor llamando,
murió el infante en el materno pecho
sus palmas a los cielos levantando, 110
sus ojos rutilantes de despecho.

¿Y éstos los héroes son que tú apellidas
honor del orbe? Responded, naciones».
Y al momento dos hembras parecieron
que en su noble ademán y sus acciones 115
el respeto a mis ojos impusieron.
Un «ay» hermoso cual de labio amante
la más joven vertió, y su voz alzando

América

«¡Infeliz! -exclamó-. La paz mandaba
sobre un trono de rosas en mi suelo, 120
y en él llovía la abundancia el cielo
y de oro y esplendor mi sien orlaba.
Ante el altar de la igualdad postrados,
mis hijos me ofrecían oblaciones
y, a ritos inocentes avezados, 125
respiraban virtud sus corazones.
El oro en los mineros escondido
sus ojos no cegaba,
la sencillez sus cunas igualaba
y en brazos de la paz su amor crecía. 130
Se alzó la mar un día
y, de sangre entre tumbos y de espuma,
vomitaron sus olas
de su seno unas naves españolas
de crímenes preñadas y de muerte. 135
Aprestan sin piedad sus huecos bronce
y sale rechinando por el viento,
mortífero y sangriento,
un plomo destructor por mí no visto.
Allí cayeron con horror mis hijos 140
y, llenando los aires de alaridos,
en las cuevas y grutas se escondían,
y en las cuevas y grutas perecían.
Salta a mi playa el español tirano,
y corre a desolar mis campos bellos 145
afilando el puñal entre su mano,
reteñidos de sangre sus cabellos.
La ley de la invasión le erige en dueño,
es virtud la matanza y el pillaje
que montes de cadáveres levanta 150

donde toca su planta,
sentándose cual déspota a su sombra,
y nuevo Rey de América se nombra.

Vuélvense abrojos las doradas mieses,
en desiertos se mudan los poblados, 155
y al son de mis cadenas
me mandan bendecir tan crudos hados.
Claman ilustración, «te ilustraremos
-los malvados me dicen-,
nuestras ciencias y luces te daremos, 160
que mil días de gloria te predicen».
Y al momento, sacuden en su mano
un látigo, inclemente y acerado,
conduciendo cual bestias al arado
al triste y oprimido americano. 165
Sí, gloria al español que ató el primero
con fuertes nudos mi oprimido cuello,
sus sienes adornad de lauro bello,
resuenen himnos a su triunfo fiero».

Asia

«Del Oriente a los montes del Ocaso, 170
de polo a polo gigantesco alcanza
el gran nombre del héroe cuya lanza
convirtió la ciudad en campo laso.
Nace, y, apenas los acentos forma,
arden en sed de sangre sus entrañas 175
y, al oír de Filipo las hazañas,
llorando pide le reserve triunfos.
Nada refrena su ambición de gloria,
bebe a raudales la vertida sangre
y más se inflama; vence, y la victoria 180
el fuego atiza que su pecho abrasa.
Los ríos se mezclaron con los ríos
teñido su cristal de roja grana,
y, hacinando los muertos en su curso,
patente hicieron su victoria insana. 185
Mis flotas perecieron y mis gentes
al hierro y a las llamas entregadas,
entre escombros y polvo sepultadas,
su tumba hallaron do su hogar estaba.
De par en par abiertas 190
al ronco son de su clarín mis puertas
entra, tala, devora
y me muda en sepulcros en una hora.

Y fue mi juventud, y fue mi orgullo,
que rodando cayó a los pies sangrientos 195
del tirano cruel, a su barbarie
temblaron agitados mis cimientos.

Esta ansia de matar, esta crudeza
elevada en virtud, corrió clamando
la gloria de Alejandro y su grandeza. 200
Grande le apellidó el destino impío,
sí, grande en mortandades y en horrores,
y en causar a las madres más dolores,
que arenas tiene el caudaloso río».

Dijeron, y cual rayo que en las nubes 205
se deja ver y presto desaparece,
de mis ojos al punto se alejaron.
La noche de tinieblas se vestía,
yo azorado y dudoso
los pasos dirigí a la choza mía 210
a meditar suceso tan grandioso.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo